

# CENIT

*sociología —  
ciencia — literatura*



Dr. Henri Dalmon: Ensayo filosófico sobre el Anarquismo.—Vladimir Muñoz: El Mito de América.—Lyg: ¿Seres extra-terrestres?—Osmán Desiré: Sartre, Erostrato y nosotros.—S. Vergine: Tres mil años de terror militar: El pillaje y la destrucción de civiles a través de los siglos.—Herbert Read: La educación del Hombre: El individuo y el grupo.—Adolfo Hernández: Diagrama: Consecuencias de la operación Ivy.—Louis Louvet: La rebelión de Espartaco.—Georges-Joseph Ravasini: La exploración científica del Nepal.—Eugen Relgis: La cultura y la guerra: El ejército y los renegados. La agonia de una civilización.—Pujol: La novela de Salomé.—Ugo Fedeli: Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana.—Ricardo Mella: Ideario (Folleton encuadernable.)

OVIEMBRE  
1954

# 47

*Revista Mensual*

PRECIO: 80 FRs.



Amiento de Madrid



## NUESTRA PORTADA

# NI OBE HIRIDA

La estatutaria moderna no ha superado lo que fué el arte griego. Lo ha igualado, en el detalle y en la búsqueda afanosa de la reproducción del cuerpo humano, intentando dar al mármol el calor de la vida, el movimiento de los músculos. Miguel Angel y Rodin, a través del tiempo, se han igualado a Praxíteles y a Fidias. Pero no los han superado.

En esta estatua, que data de 440 años antes de la llamada Era cristiana, admiramos la expresión magnífica del dolor, la elocuencia del gesto, la gracia y la dignidad en la actitud. El artista anónimo que la arrancó al bloque de piedra supo darle realmente alma eterna. Del fondo de los siglos nos vino legada y permanece como ejemplo de esa continuidad humana de la que el arte es la expresión máxima.

Pasan las generaciones; mueren los hombres y desaparecen las civilizaciones. Pero de ello queda la obra de arte, como símbolo mismo de la perennidad de la especie, en su esfuerzo más noble y en su aspiración más elevada.

### CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA  
Y LITERATURA

Comisión de Redacción: José  
Peirats, Federica Montseny.

Administrador: F. Montseny,  
4, rue Belfort, TOULOUSE  
(Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Fran-  
cia, 204 francos trimestre; Exte-  
rior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 % de descuento  
a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire.  
C.C.P. 11-97-21, 4, rue Belfort,  
TOULOUSE (Haute-Garonne).



### Ensayo filosófico

# SOBRE EL ANARQUISMO

#### PORTICO

El 19 de noviembre de 1953, moría en La Rochelle, en donde vivía desde hacía más de veinte años, el doctor Henri Dalmon. El doctor Dalmon era un gran naturalista y sus conocimientos eran inmensos.

Había escrito, sobre el bosque de Fontenelleau, dos libros que testimonian un profundo conocimiento de ese sitio maravilloso. Sus trabajos de ornitólogo, infelizmente sólo conocidos por los iniciados, son extraordinarios. Pero, con el sabio de valor, es un hombre que desaparece. Médico, no quería «adinerar su ciencia» y vivía en la estrechez, curando gratuitamente o casi y prodigando sin cesar su abnegación.

Todos nosotros, sus amigos, nos sentimos orgullosos de proclamar su alto valor intelectual y moral, de este hombre tan sencillo que fué durante toda su vida un individualista anarquista. Luchó sin tregua, en detrimento de su carrera, de sus intereses, contra la sociedad burguesa y sus soportes: Ejército e Iglesia. Ateo por razón, combatía lo que llamaba la clericalfarderie, lo cual no le fué perdonado mien-

tras vivió. Solamente como la indulgencia de la Iglesia es infinita (!) «recuperó» el cadáver del que tan bien se había enfrentado contra ella. Pero, me recuerdo que ocho días antes de su muerte, me confió—con ese aire malicioso que le era tan peculiar—haber puesto en la puerta de su habitación en la clínica, a un sacerdote que gentes «bien» le habían impuesto, desde el día antes de su operación. Sabemos también que hasta su último momento siguió fiel a su vida y a nada renunció, de cuanto creía verdadero y justo y había enseñado; por consiguiente, poco nos importa que se hayan apoderado de sus despojos, como para hacerle renegar de sus ideas. Sus enemigos no han logrado nada de él, mediante su gesto.

El recuerdo de Henri Dalmon quedará en nuestros corazones y en el espíritu de los que lo conocieron, como el símbolo mismo del Individuo, en lucha contra la sociedad que se le ha impuesto.

CHRISTIANE BERGE.

Sinceridad, simplicidad, complejidad, libertad: he ahí la riqueza del anarquista a través del vasto mundo.

Comprender esta cosa y esta idea reclama un débil esfuerzo intelectual, para tener una vista de conjunto que, en seguida precisará, por grados sucesivos, ir alcanzando los detalles.

Hacer comprender lo que es el anarquismo, vocablo grandioso, a espíritus que, hasta entonces, no se habían fijado mucho en este término englobando un inmenso dominio, demanda que se recorran algunas preliminares etapas.

\*\*\*

En el pedestal de la incomprensión, el anarquista, para un burgués ignorante y confinado en el conformismo, aparece como una clase de escepticismo extremista, una negación

de todo, aun de sí mismo. De este concepto preconcebido, el burgués y aun otros, se creen autorizados a concluir que la libertad que resulta de ese nihilismo, es una licencia, un libertinaje desenfrenado y sin límites en los asombros y las explosiones de los explosivos.

Así concebido, el anarquismo se vuelve un sistema diabólico y maléfico, una especie de desintegración de donde no deben salir nada más que el horror y la aflicción y que debe ser puesto en estado de no hacer daño.

El adepto de una doctrina semejante, así expuesta, se vuelve un ser ante el cual el «bien pensante» se presigna refugiándose detrás del gendarme, soporte de la autoridad, su «diccionario» habiéndole designado el término «anarquía» como un lodazal espantoso y sin dirección, contrariamente a la



tan bella definición de Eliseo Reclus: «La Anarquía es la más alta expresión del orden».

\* \* \*

Si el artefacto nuclear atómico experimentado en el Japón y en Bikini no fuera una invención sabia realizada por la finanza comanditaria de la industria pesada, la bomba atómica, figura magnífica de la devastación impelida a la última de las posibilidades humanas, merecería—en el sentido «burgués»—entrar en el arsenal terrorista como el artefacto ideal de un «anarquista militante» practicando la acción directa.

Así razonan los filisteas.

Y he aquí cómo por ignorancia y mala generalización de la incompreensión se crean y se propagan leyendas e ideas gratuitamente fantasistas, apoyadas por el recuerdo del «periodo heroico» en donde, en la tranquilidad burguesa, explotaban los nombres de Ravachol y Emile Henry.

\* \* \*

Para una comprensión progresiva del anarquismo, dejemos aquí estas visiones. Visiones ciegas, todos esos fantasmas que son manchas oscuras de una imaginación imbécil, es decir, demasiado débil, en el sentido latino del vocablo.

La anarquía, bosquejada en los actos de algunos animales inteligentes indomesticados, es un proceso de liberación natural y no de la imaginación teórica humana.

El anarquismo, que es la doctrina, es, como creación y realización humana en el curso del tiempo, propensa a errores, pero también a perfeccionamientos. Siempre más lejos (1): hacia lo mejor y hacia la conquista de lo desconocido, tal es la fórmula del anarquismo.

Para la conducta humana en la vida, este anarquismo cuya etimología griega sería «sin dirección», es la directiva más segura, más sana y más completa, pues aporta sincera satisfacción por la evidencia, la simplicidad y la libertad de sus medios.

En las realidades confusas, la incertidumbre de los acontecimientos, la oscuridad mundial completa, la práctica del anarquismo, lejos de ser una marcha ciega, es un luminoso método de búsqueda hacia el buen camino, en dirección natural hacia los hechos naturales espontáneos, iluminando la ruta.

Que el anarquista sea por temperamento o estudio un sensualista, materialista, espiritualista, místico, razonador, sincretista o indiferentista, el anarquista verdaderamente es un crítico, por el hecho de no aceptar de buenas a primeras, la dirección conforme e impuesta.

Así se adquiere el tesoro de los hechos observados, unidos unos a otros realmente o por apariencia.

Así se obtiene un conjunto sondeado por determinismo: una causa produciendo su consecuencia.

Así, en el primer análisis, el anarquismo que ha rechazado *a priori* toda dirección impuesta, piensa descubrir las armonías universales, la compensación del mal por el bien en los actos de la naturaleza.

Esta primera adquisición tomada sobre el mundo, servirá al anarquismo, persiguiendo por sí mismo su ruta sin obligación ni sanción humana o divina, sin bastón de ciego en una oscuridad vuelta menos oscura desde los primeros tanteos.

En este estadio de principio, omitiendo las elucubraciones estúpidas del burgués, las cuatro rúbricas de los padres de las doctrinas: Verdad, Belleza, Bondad y Justicia, abren los caminos de la ciencia, del arte, de la ética del hombre que rechaza el molde de entrada en la banalidad media.

(1) Recordemos la revista del Dr. Marc Pierrot, titulada «Plus Loin» (N.d.T.)

Vuelto aristócrata (2), tendrá las alegrías puras que da la búsqueda de una vida modelada como una obra de arte.

—Pero ¿puede un anarquista unirse y volverse esclavo de una dirección, aunque fuese natural?

—Llegado a los peldaños primarios de su ascensión, la limpia alegría de sus primeras búsquedas, no sabrían satisfacerle. Progresar y estudiar siempre hacia más allá, más lejos, siempre más alto.

Los horizontes se amplían con la ascensión. Penetradas por el análisis, las líneas del horizonte primordial se animan hacia lo desconocido y se vuelven menos inciertas.

La debilidad actual de nuestros medios de prospección en dirección de lo infinitamente pequeño, choca contra lo indeterminable.

Hémos, pues, ante la incertidumbre de las pruebas a ofrecer. No se dice ya: es evidente, sino: es probable. Y esta misma probabilidad se desvanece en la incertidumbre de lo agnóstico, del enigma que deberemos ahora penetrar. Estamos en el verdadero dominio de la anarquía, en la conquista de lo desconocido. Ejemplo de la naturaleza anárquica, es decir, libre y sin plano divino en donde el hombre quiere encontrar un «arqui», una dirección, ejemplarizando un mundo que se escapa al yugo de una sistematización queriendo atribuirle principios demasiado estrechos.

Así camina la ciencia actual (3). Habiendo en otros tiempos conquistado el método, la herramienta nueva de la experiencia, de la observación de los hechos razonados, la ciencia creía haber adquirido la luz y poseer la comprensión completa del universo bajo una imagen casi dogmática. Hoy, en terrenos nuevos descubiertos en el curso de sus búsquedas, la ciencia y sus sabios están obligadas a bifurcar hacia otras direcciones.

Sobrepasando al hombre de ciencia, encarnizado en sus positivas búsquedas de física y ultrafísica, el anarquista prosigue su ruta.

No se trata del escepticismo filosófico del sofista, sino de la duda de la integridad mental que le lleva a penetrar más lejos en las conquistas intelectuales.

¿Podrá descubrir los velos de Isis? ¿Llegará a esta cúspide en cuyas nubes se esconde la verdad? Nada sabe de ello y no se inquieta por ello. Avanza, con libertad.

Han Ryner, que encarna una de las luces del anarquismo (4), ve al sabio posado como la Ibis sagrada. Toth, Hermes, Trismegiste, en la cúspide de una pirámide simbólica en donde la humanidad, por las cuatro pendientes de sus sentidos, corazón, cerebro e inteligencia, intenta alcanzar el punto de convergencia desde donde se domina la armonía universal.

Ahí se encuentran reunidas en la ruta: el análisis y la síntesis de los detalles: la ciencia completa.

\* \* \*

¿Cuál es la recompensa a los esfuerzos del que, habiéndose negado a obedecer el imperativo banal, llega a la cúspide en donde vuelto sabio satisfecho, hállase cerca de contemplar la sonrisa de la esfinge? Es la adquisición del resultado supremo del conocimiento humano. Al mandato: «Sé», la respuesta es: «Sé que nada sé y no sabré nada,

(2) La aristocracia es la filosofía que tiende a hacer una obra de arte de la propia vida. La vida como culto del arte. Fué fundada por Gérard de Lacaze-Duthiers. (N.d.T.)

(3) En este aspecto, como decía Barret: «Nada tan anarquista como la ciencia». (N.d.T.)

(4) Aunque él nunca se calificara de anarquista, pero como su vida lo fué ampliamente, muchos son los que así lo califican. Consúltese a Louvet en AUX SOURCES DE L'ANARCHIE. Para Lacaze-Duthiers era un «libertario libre», etc. (N.d.T.)



ni más ni menos como los otros hombres o superhombres» (5).

Somos todos iguales en ignorancia del principio supremo, al menos por ahora (6). A nada sirve el empeñarse en la certidumbre de lo incierto. ¿No es mejor gozar de las alegrías puras e ingenuas de la biostética libre (7) y con la potencia de todas las facultades y posibilidades de felicidad, en una ética desprovista de sanción ni obligación (8), con el espectáculo de todas las maravillas que nos ofrece la vida universal en sus relativas fealdades y bellezas? (9).

He aquí lo que para mí es el anarquismo: la adquisición de la libre claridad de la evidencia en la oscuridad en donde se juega el principio de autoridad, de la tragicomedia humana en el dolor universal de los no anarquistas.

Además de la satisfacción ideológica y de una completa facilidad, el anarquismo tiene la ventaja práctica de inmunizar y de sustraer a su adepto—poseedor del bien universal: la libertad de pensar y de accionar—en los juegos diversos en donde como en las vacilaciones de los hombres, pasivamente, chocan brutalmente y son segadas por decisiones conminatorias, convocatorias, sanciones y otras invenciones, de la imaginación humana en mal de dominio.

Los que tiran el cordel de este simbólico trompo, responden bien al cuadro en que se representan los filisteos al anarquismo, tal como lo balbucea el burgués estuido, pero observador. Nosotros, los anarquistas, los ignoramos sonriendo.

\*\*\*

Cuando, guiados por los compañeros y ayudados por lo que se llama los grandes antepasados (10), el último pedazo liberador es alcanzado, ya nada podrá hacernos descender.

Afirmados en esta cima, hay lugar y tiempo, si los que ascienden lo desean, para tenderles los brazos y ayudarles a salvar los obstáculos de la subida.

Toda figura de retórica, espesa promesa, mal traduce este vuelo de libertad en luz, por encima de las suciedades so-

ciales, que es esta ascensión anarquista del que, despreciando el anonimato, la clandestinidad, el temor de las represalias, la muerte, el «más allá» y sus enigmas, en nadie cuenta más que en él mismo, para conquistar esta libertad.

¡Ser a pesar de todo y contra todos!

¡Ser uno mismo, sólo y con los compañeros, compañeros de vida, es decir, hombres, animales, plantas, minerales, en completa libertad, pues tal es mi placer!

Tener la alegría de vivir, unidad perdida en la inmensa naturaleza y centrada en la personalidad individual del anarquismo (11).

Dr. Henri DALMON

Versión castellana de VLADIMIR MUÑOZ.

(5) Se decía en Delfos que Sócrates era el más sabio de los hombres, porque referente al arcano: «sabía que nada sabía y con saber que no sabía nada, sabía ya algo». (N.d.T.)

(6) De donde, la cumbre del agnosticismo, creada por Thomas Huxley. (N.d.T.)

(7) Bioestética: vocablo creado por Manuel Devaldes, para designar la voluntad de esteticismo individual hacia la Vida. (N.d.T.)

(8) Contacto con el pensamiento de Guyau sobre la moral sin sanción ni obligación. (N.d.T.)

(9) En esta afirmación, queda reducido para mí, el concepto presenteísta e individual del hombre libre, que se siente anarquista, por la razón de encontrar en tal ética la alegría del vivir. (N.d.T.)

(10) Debe entenderse de una vez por todas, que el anarquista filósofo, encuentra en la anarquía «la más alta expresión del orden» reclusiana, y una serena y perseverante alegría de vivir. En este aspecto, el anarquista, no es iluso ni escéptico, apresurado o decepcionado: es tan sólo un hombre libre y feliz. (N.d.T.)

# EL MITO DE AMÉRICA



PARA numerosos europeos occidentales, entendiéndose por tales a los que viven en los países de aquende la «cortina de hierro», el mito americano sigue anclado persistentemente en sus ingenuos cerebros. Se trata de un mito secular que data de cuando las huestes luso-hispánicas invadieron el Nuevo Mundo, a raíz del pretendido descubrimiento de Colón, en afanosa busca del vellocino de oro. Mito americano descrito por Voltaire con su «Eldorado» de Cándido y que se ha grabado en no pocas mentes como una especie de Arcadia trasatlántica.

Después de la segunda hecatombe mundial, el mito americano alcanzó un auge insospechado. En su libro *Estampas del Exilio en América*, J. Peirats escribe: «La Europa triturada por la catástrofe de la guerra dirige su mirada hacia el llamado Nuevo Mundo en busca de un sedante a sus penalidades y como un recurso contra el terror albergado por el incierto futuro». Sin embargo, una vez pisada tierra americana, el europeo «suele contagiarse de la exuberancia retórica—escribe B. Milla en *Cénit* núm. 34, «Realidades

americanas», que caracteriza al intelectual y al político latinoamericano, y pontifica luego en el más relamido estilo turístico, en libros y publicaciones. Entonces aparece esa América arcádica, heredera de la civilización europea, pero vitalizada por la juventud de sus pueblos, nacidos ayer a la vida de la cultura. Esta visión delirante es un alarde de impotencia que encubre apenas el deseo de una transfiguración. Tal arrebato faústico debe ser explicado por el psicoanálisis. Pero la verdad es diferente». Y añade aún sobre América: «Su inconsistencia y futilidad hacen añicos todos los augurios y terminan por desconcertarnos irremediablemente. Europa no puede vivir de la ilusión de América, porque América es otra cosa.»

Para numerosos europeos orientales—considerando como tales a los que viven allende la «cortina de hierro»—el mito americano es casi inexistente debido a la propaganda anti-americana que caracteriza a los actuales movimientos marxistas, alentados y dirigidos desde la U.R.S.S.

¿Qué hay de realidad en todo esto? Para el estudioso desinteresado y desapasionado, para el pensador apátrida que hace caso omiso del continentalismo chovinista de ambas partes atlánticas, para quien ha vivido en ambos con-



tinientes y no precisamente a la manera «turística» y sí captando todas las miserias económicas y morales de muchos de sus moradores, para quien esto escribe..., la más meridiana realidad demuestra que «América» en el sentido arcaico es uno de tantos mitos anclados en la rutinaria mente del hombre moderno.

\*\*\*

Para mí, «América» históricamente, es una Europa transplantada. El Nuevo Mundo es un continente invadido y diezmado por la raza blanca, la más bárbara de todas en los últimos siglos de la humanidad. Luego. Luego de aniquilar progresivamente a los verdaderos americanos, es decir, los aborígenes, mediante una idiosincrasia europea—aniquilamiento que continúa aún en las áreas amazónicas—, por parte de los megalómanos europeos—colonizadores, soldados, misioneros, negreros, etc.—surgió en el continente americano desde Alaska a Patagonia, una civilización de inconfundible sello europeo, pero complementando y superando en barbarie y demencia a la arcaica civilización europea. Por lo tanto, «América», es, ratificando de nuevo, una Europa de allende las inmensidades trasatlánticas. Religiones, pueblos, lenguajes, costumbres, etc., son del más genuino sello europeo.

Siguiendo la sangrienta huella de los bárbaros conquistadores, negreros, piratas y otros criminales, se volcaron hacia el Nuevo Mundo legiones de ingentes europeos que ansiaban «enriquecerse a toda costa». Tal mentalidad capitalista sigue prevaleciendo aún, pero como tal «enriquecimiento» no se encuentra mediante el salvaje despojo al elemento indígena que caracterizó a la época de la conquista americana, debe entenderse sin el menor asomo de duda que, se halla hoy día en una lucha implacable entre los hombres tendiendo a escalar despiadadamente el becerro de oro. La América de hoy es de mentalidad superlativamente capitalista. Analizando las ideologías sociales de carácter europeo influenciando actualmente la civilización americana, el historiador Enrique de Gandía, en su *Historia de América*, concluye: «Nada puede justificar el comunismo en América, donde todos los habitantes son propietarios o tienen la esperanza o la posibilidad muy próxima de serlo»...

\*\*\*

Los parias asalariados del occidente europeo creyentes del mito americano, hacen falsa ruta si sueñan con encontrar en «América» ciertas mejoras sociales, debidas a la condescendencia de los tiranos económicos o a las posibilidades «ilimitadas» del Nuevo Mundo.

En los mismos Estados Unidos, país más desarrollado industrialmente que ningún otro de la América europea, la lucha por la vida en el aspecto capital-trabajo es de una dureza implacable. No existe un seguro de paro como es el caso de países como Bélgica y Francia y la desocupación alcanza proporciones catastróficas que, se solucionan en parte debido a las periódicas guerras que vienen existiendo en el mundo después de la segunda guerra mundial (Corea, Indochina, etc.), acelerando la producción masiva de artefactos bélicos.

En la América latina, el pretendido bienestar de las clases trabajadoras es un supermito. Casi todos los países (por no decir todos) latinoamericanos son lugares de *miseria y desocupación permanentes*. La vida de los parias asalariados, salvo en contados centros urbanos, alcanza aspectos trágicos. Basta para darse cuenta de ello, el haber viajado y conectado por el *hinterland* americano, con las paupérrimas y famélicas poblaciones que lo habitan.

No pretenderé, de ningún modo, hacer creer que el asalariado europeo está infinitamente mejor que el americano, pero sí algo mejor, sobre todo en los dos países de Europa que he citado y por los cuales he viajado ampliamente.

\*\*\*

El afirmar aquí la existencia en América de «paupérrimas y famélicas poblaciones», puede parecer sospecho o exagerado a cuantos creen aún—este pobre mundo está lleno de «crédulos»—que América es el granero alimenticio del mundo.

Séame permitido eclipsarme por un momento, cediendo la pluma al eminente profesor Josué de Castro, transcribiendo algo en este aspecto substancial de su perdurable obra *Geografía de Fome* (Geografía del Hambre), una de las obras más meritorias de nuestro tiempo.

«Nuestro mismo continente—escribe Josué de Castro—, llamado el de la abundancia y simbolizado hasta hoy con las leyendas del Eldorado, sufre intensamente el flagelo del hambre. Y sin los estragos de ese flagelo en América no son tan dramáticos como siempre fueron en el Extremo Oriente, no son por eso menos trágicos desde que, entre nosotros, esos estragos se hacen sentir más subterráneamente, minando nuestra riqueza humana en una persistente acción destructora, generación tras generación. Es preciso que se confiese valerosamente que la tierra de promisión hacia la cual fueron atraídos en el siglo pasado tantos millares de emigrantes europeos procurando huir de las garras de la pobreza, es también una tierra en donde se pasa hambre, en donde se vive luchando contra el hambre, en donde millones de individuos continúan muriendo de hambre. La gente, habitando continentes distantes, podría pensar que América, con sus enormes reservas naturales, en su mayor parte inexploradas, con tanta tierra a disposición de tan poca gente y con una larga faja de su territorio ocupada por el pueblo más industrioso y activo del mundo—los americanos del Norte—tendría por lo menos el mínimo indispensable para cada uno de los 250 millones de habitantes que allí viven. La verdad es que estamos muy lejos de ese ideal. Las encuestas sociales y las estadísticas levantadas al efecto en las diferentes zonas del continente, demuestran que por doquier las poblaciones americanas están expuestas a las consecuencias funestas de la desnutrición y del hambre. Y si hasta nuestros días este fenómeno no tuvo un eco, es que las diferentes poblaciones de América no se conocían. Vivía América como ilustre desconocida, mucho más preocupada por las cosas de los otros continentes, que por sus propios problemas. Cada país americano vivía su vida cerrada, aislándose de unos y otros económica y culturalmente; ignorándose cordialmente unos a otros como buenos vecinos discretos y presumidos. ¿Qué país americano osaría confesar que sus poblaciones pasan hambre, cuando sus vecinos propagan aires de abundancia y de riqueza? En esta actitud de enmascarados, los países de América, continúan escondiendo sus miserias, mientras pueden.

Hoy, con la preponderancia cada vez más efectiva de las ideas universalistas, de la política de las puertas abiertas, estas miserias acaban por hacerse ver. Pues se presentan con igual evidencia, en los datos estadísticos de las respectivas producciones nacionales y en los diferentes índices reveladores de las condiciones de vida de las poblaciones. Una de las más graves miserias de las tierras de América es el estado de hambre en que vegetan las poblaciones de este continente. Y no sólo de las que viven en la parte más pobre, aun no lo suficientemente explotada de la América latina; sino también en la parte más rica y civilizada, en la América inglesa. En una extensa área de los Estados Unidos de América, en su viejo Sur agrario, continúa mucha gente muriendo de hambre, continúan manifestándose entre las poblaciones locales graves enfermedades, causadas únicamente por la falta de una alimentación adecuada. En la parte del continente que corresponde a la América latina, el fenómeno es aún más grave. Más de las dos terceras partes de la población de esta área pasa hambre, alcanzando el hambre en algunas



zonas las tres cuartas partes de la población. El drama del hambre existe en América. Millones de seres humanos lo han vivido durante siglos silenciosamente, con una resignación parecida en este aspecto, a los pueblos de Oriente. Ambos continentes—la América nueva y el Asia milenaria—han sufrido resignadamente sus tragedias de hambre.»

Estos datos de un estudioso serio como es el profesor Josué de Castro, profesor de antropología y geografía humana, director del instituto de nutrición del Brasil y catedrático de la Universidad de ese mismo país, premiados no ha mucho y publicados en varios idiomas por la sección de propaganda de las Naciones Unidas, son dignos de tenerse en cuenta.

\*\*\*

Las condiciones vitales en América latina son bien precarias, como puede muy bien constatarse viajando por todo el *hinterland* latinoamericano. Ocurre en América latina un fenómeno de concentración que puede muy bien engañar al viajero, como los espejismos del desierto. Se trata de que la economía de un país y su máxima riqueza está concentrada en algún centro urbano de más o menos importancia (Río de Janeiro, Sao Paulo, Porto Alegre, etc., en el Brasil; Montevideo, en Uruguay; Buenos Aires, en Argentina, etcétera) y el resto del país se halla en la más inaudita miseria, que, procedente del Viejo Mundo descentralizado llegue ante la belleza de una ciudad como la capital del Brasil, puede imaginarse que el resto de la nación debe ser más o menos idéntica. Craso error. El Brasil es un país de miseria y de hambre. Como son todos los países de América. Basta documentarse, referente al Brasil, en la magistral obra *Os Sestoies*, del gran sociólogo Euclides da Cunha. Si en Montevideo se puede comer una comida consistente, es más que imposible encontrar una lechuga o un racimo de uva por el *hinterland* uruguayo. En vastas regiones argentinas se desconoce el pan a pesar del «slogan» de que Argentina es el granero del mundo. Como muy bien describió María Lacerda de Moura en *Problemas rurales o sociaes*, el *hinterland* americano es de una miseria asombrosa.

Tenemos una confirmación de estas palabras en el resumen que, acerca de las condiciones de vida en América latina, nos presentan George Soule, David Effron y Norman T. Ness, en su libro *Latin America in the Future World* (América Latina en el mundo del futuro). Se trata de una publicación dando cuenta de los resultados de la minuciosa encuesta supervisada por la *National Planning Association* de los Estados Unidos, a cargo de los tres técnicos y peritos citados. En trece puntos, dichos autores registran los aspectos más significativos de la vida económico-social de América latina. Los transcribo, pues, para dar más seriedad y valor al presente estudio. Helos aquí:

1.° Las dos terceras partes o tal vez más de las poblaciones de la América latina están subnutridas, y algunas poblaciones de ciertas regiones sufren hambre endémica. La mayoría está mal nutrida, vestida y alojada.

2.° Las tres cuartas partes de la población es analfabeta; en las partes restantes, la proporción de analfabetos varía entre un 20 y un 70 por ciento.

3.° La mitad de la población sufre enfermedades infecciosas.

4.° Las dos terceras partes de la población no goza de los beneficios de la asistencia social.

5.° Cerca de una tercera parte de las poblaciones trabajadoras (especialmente millones de trabajadores indios), continúan sin participación alguna en la vida económica, social y cultural de la comunidad latino-americana. El poder adquisitivo del indio es, en muchas partes, igual a cero.

6.° Las dos terceras partes de la población latinoamericana vive en condiciones semif feudales de trabajo.

7.° Una sorprendente mayoría de la población rural no posee tierra. Más de las dos terceras partes de los re-

ursos económicos (agrícolas, forestales y el ganado) pertenecen a los señores feudales nacionales o extranjeros. De idéntica forma están controladas las instituciones de producción y distribución.

8.° La mayor parte de las industrias extractivas de América latina está controlada por el capital extranjero.

9.° Las condiciones de vida de la masa de la población latinoamericana son particularmente inestables, dependiendo de las fluctuaciones del capital.

10. El comercio interno y el intercambio comercial de los países latinoamericanos son esencialmente rudimentarios. Existe gran desequilibrio económico entre las diferentes zonas de un mismo país, como también entre los varios países. Las limitadas oportunidades de intercambio comercial en los países latinoamericanos son semejantes a las del siglo XVI, cuando España, por intermedio de la Cámara de contratos de Sevilla, prohibía a sus colonias el negociar entre sí. El intercambio latinoamericano, representa apenas el 7 por ciento de su comercio total.

11. La estructura semicolonial de la economía latinoamericana, refléjase en los medios de transporte: ferrocarriles, navegación fluvial y marítima, destínense en su mayor parte, al transporte de las materias primas del interior hacia los puntos de embarque para el extranjero y ocasionalmente para el desenvolvimiento del mercado interno.

12. Salvo escasas excepciones, el porcentaje de individuos productivos o bien remunerados es mucho más bajo que en Europa (un 30 por ciento, mientras en Europa es de un 58 por ciento). Esta alta proporción de la población parasitaria constituye un gran peso para la parte económicamente productiva.

13. La capacidad productiva del trabajador latinoamericano es muy inferior a la del europeo, por las razones expuestas, es decir, subnutrición, ignorancia y carencia de un utillaje adecuado.

\*\*\*

Tal es, económicamente, el aspecto que presenta América. La forma política de regirse no es menos desastrosa. América latina es una tierra de «pronunciamientos» militares, en donde imperan un sinnúmero de dictaduras en las cuales mandan los arrastrables. Y en los escasos países supuestamente «democráticos», el militarismo impera también. Ejemplo de ello tenemos con los Estados Unidos, cuyo presidente es el militócrata Eisenhower, con su atmósfera bélica en producción guerrera y en militarismo activo.

Aunque la demagogia democrática americana quiera hacer creer que es radicalmente opuesta al «comunismo», es decir, al capitalismo de Estado, la realidad demuestra que evoluciona hacia él. Esto ya lo vaticinó el gran humorista Shaw. Tomemos otro ejemplo para ilustrarlo. El Uruguay, país sudamericano, está considerado como el prototipo de la democracia moral en América, por parte de ciertos políticos demagogos. Sin embargo, casi toda la economía vital del país está controlada por el Estado (ANCAP o Administración nacional de combustibles, anexos y portland; UTE o usinas y teléfonos del Estado; ANP o Administración nacional de puertos; el principal frigorífico y otras instituciones importantes, etc.) Aunque es uno de los pocos países en donde aún no impera el militarismo forzado, cuenta con un militarismo mercenario importante, que jugó un rol activo en una importante huelga del transporte urbano, acaecida no ha mucho en dicho país.

Se pretenderá que tal evolución del capitalismo privado hacia el capitalismo de Estado por tierras americanas, dista leguas de asemejarse al patrón soviético, debido a no existir campos concentracionarios en gran escala, como es el caso en la U.R.S.S. Pero esto tiene su explicación.

Los pueblos de Europa, con una experiencia secular, deben ser sometidos mediante la fuerza bruta y la barbarie represiva. Los gobernantes de América han encontrado un medio mejor. Embruteciendo a las poblaciones mediante el



deporte fomentado por el Estado, como es el caso en casi todos los países americanos, especialmente en los Estados Unidos, Brasil, Argentina y Uruguay. Fresco está en la memoria de todos aún el vergonzoso espectáculo ocurrido cuando el Uruguay ganó en balompié el campeonato mundial jugado en las olimpiadas del Brasil en 1950. Toda una jauría humana invadió la arteria principal de la urbe montevideana, vociferando y gesticulando simiescamente, llorando de emoción «deportiva», feneciendo algunas personas por emociones cardíacas, etc. Con pueblos así no hace falta el látigo represivo. Son masas amorfas, incoloras, fácilmente explotables y levadura especial para fomentar la vergonzosa explotación del hombre por el hombre. El estadio de Maracanã, en el Brasil, erigido para dichas olimpiadas, eclipsa en gigantasia al Coliseo romano...

Por consiguiente, el mito o supermito de que «América es la cuna de la libertad» debe desecharse por completo. América representa el refugio ideal para el régimen autoritario imperando en el mundo. Si casi la mitad de todo el Viejo Continente sufre ya la férrea dictadura del capitalismo de Estado, como es el caso en los grandes pueblos de Rusia y China, es debido a que psicológicamente son inagotables y se les debe someter mediante la violencia es-

tatal. Muy diferente es el caso de América, de mentalidad psicológicamente capitalista, en donde el capitalismo sigue afianzándose, pues representa el último bastión de la sociedad autoritaria actual.

\* \* \*

Culturalmente, América es un continente pobre. Las grandes corrientes filosóficas y literarias son aun de origen euroasiático. El nivel cultural de los pueblos americanos es casi nulo, libertariamente considerado. Las grandes luchas contra el monstruo estatal que librarán los pueblos y los individuos contra el principio de autoridad, no tendrán lugar, sin duda, en América, continente de mentalidad superlativamente autoritaria.

América es una nueva Europa, es algo así como un arrabal nuevo en una ciudad secular, hacia el cual se trasladan todos los establecimientos autoritarios de la ciudad vieja. Y cuando llegue la hora de derrumbar a ésta, la nueva ciudad americana se erigirá aún potente y soberbia con sus cimientos autoritarios.

Tal es la realidad americana para un escritor antidogmático.

Vladimir Muñoz

## ¿SERES EXTRA-TERRESTRES?



UPONGAMOS que los platillos volantes existen, que las investigaciones y los testimonios acumulados no sean del dominio de la pura fantasía. Supongamos igualmente que no pueda tratarse de simples efectos de óptica ni de máquinas secretas construidas en un lugar ignorado del globo (su comportamiento extraordinario parece excluir

esta hipótesis. En este caso sería necesario aceptar su origen extra-terrestre.

¿Es tal cosa concebible científicamente?

Para responder a tal cuestión sería necesario considerar un doble problema.

¿Existen otros mundos donde seres inteligentes puedan inventar y realizar máquinas semejantes?

En caso afirmativo, estos seres, ¿podrían franquear las distancias prodigiosas que los separarían de nosotros?

Acerca de las posibilidades de vida fuera de la tierra, los astrónomos están lejos de ponerse de acuerdo. La pluralidad de los mundos habitados, formulada por Lucrecio y Fontanelle, ha sido afirmada categóricamente por Flammarión, William Crookes, el Padre Cecchi, W. H. Pickering, Lowell, Y. Scheiner. Y ha sido no menos categóricamente negada por Faye, Demoulin, Danjon.

Tal como nosotros la conocemos —es decir, ligada a la célula incapaz de resistir los grandes fríos, los fuertes calores, la falta de oxígeno, de agua, la presencia de ciertos venenos— la vida parece absolutamente imposible de existir en los planetas del sistema solar, excepto en Marte donde vegetales y animales inferiores han podido desarrollarse.

En cuanto a la superficie lunar, excesivamente caliente en la cara iluminada, excesivamente fría en la cara opuesta, sin atmósfera, sin agua, es ciertamente incapaz del fenómeno vital más rudimentario. En ninguna parte de nuestra vecindad, las condiciones de habitabilidad parecen propicias para el desarrollo de una vida superior.

Pero más allá del sol se extienden otros universos. Dos astrónomos de la Universidad de Cambridge, Ferd Hoyle y Raymond Arthur Lyttleton, calculan que solamente en la Vía Láctea que comprende una cuarentena de miles de millones de estrellas, debe haber 100.000 sistemas solares conteniendo cada uno un planeta por lo menos, en cuyos planetas las condiciones físicas son favorables a la vida. Y el Universo contiene miles de millones de nebulosas compuestas de manera semejante a la galaxia. Sin embargo, esos mundos habitables (¿por qué no habitados?) gravitan a distancias tales que se las mide en centenas, miles y millones de años de luz.

¿Podrían los platillos volantes franquear esas distancias fabulosas en plazos razonables?

En una comunicación hecha en marzo de 1952 a la Academia de Ciencias, Carlos Mauguín, establecía que si unos astronautas partían de la Tierra, necesitarían 30 meses para llegar a Sirio y 100 años o más para alcanzar la más lejana nebulosa, a más de mil millones de años de luz. Pero según las teorías de Einstein sobre la relatividad del tiempo y del espacio, si los viajeros navegaban durante 80 años en una máquina dotada de una aceleración constante igual a la de la gravedad, durante su ausencia habrían transcurrido para la Tierra mil millones de años. Nuestra técnica está lejos de poder fabricar tal aeronave. Pero entre



los 100.000 planetas habitables de la galaxia puede haber civilizaciones desconocidas que nos hayan adelantado en ese dominio. Podría ocurrir que seres vivos extra-solares hayan aceptado la gran aventura del tiempo y el espacio, al final de la cual en lugar de las civilizaciones que les han creado no encuentren más que mundos muertos o moribundos. Serían los «Sin patria del Cosmos».

En todo cuanto precede, hemos considerado la vida como vinculada a la existencia de la célula. Esto puede satisfacer la prudencia científica, pero no la imaginación y ni la razón siquiera. La vida es la inserción del espíritu en el determinismo físico, inserción que puede realizarse de muchas maneras. En la Tierra parece estrechamente subordinada al equilibrio inestable de las grandes moléculas protéicas. ¿Quién osaría afirmar que en todas partes ha de ocurrir así forzosamente? Según Danjon, podría haber seres vivos formados por sustancias cuyos principales constituyentes no serían los de nuestro cuerpo, «cuyas moléculas contendrían, por ejemplo, silicio en lugar de nuestro carbono, lo que tal vez les confiriese el poder de vivir a la temperatura del plomo fundido o del helión líquido».

No es absurdo imaginar, por una parte, las más extrañas formas de vida en el seno de los innumerables planetas de los sistemas estelares, y por otra parte seres que nos superen, y mucho, en inteligencia y a los cuales nuestros más arduos problemas aparezcan como verdades evidentes. Es probable que la vida irradie en el espacio en grados diversos; y a pesar de su incommensurable vanidad, el hombre, rey sobre un granito de polvo, no es seguramente el ombligo del Universo.

No es, pues, demasiado atrevido el suponer que existan en nuestro rincón del Universo (se trata del mundo de un radio de mil millones de años de luz explorado por el telescopio del monte Palomar) una multitud de civilizaciones incomparablemente más avanzadas que la nuestra en la vía del progreso técnico.

Nosotros estamos orgullosos de las conquistas de la Ciencia, de una ciencia balbuciente aún. El dominio de las fuerzas físicas está explorado apenas y el de las fuerzas psíquicas es casi sistemáticamente ignorado, despreciado por los sabios oficiales. Lo que el

hombre será capaz de realizar dentro de miles de años, ¿por qué otros seres vivos cuyo esfuerzo se prosigue desde hace quizás millones de siglos no habrían podido realizarlo? «Nuestros juicios de terrestres, decía Flammarión, son como puntos de vista de peces que pensarán que la vida es imposible en el aire.»

Las concepciones más abacardantes no son por fuerza locuras. «La imaginación, decía Pascal, se cansará de concebir antes que la naturaleza de crear.» El Universo conocido es tal, que si se representara el sistema solar por una minúscula cabeza de alfiler, el conjunto de las galaxias ocuparía una carta del tamaño de la Tierra. ¿Cuántas combinaciones son posibles con los 92 elementos conocidos! Podemos imaginar seres de varias dimensiones suplementarias que nuestros sentidos no podrían descubrir, aunque se pasearan entre nosotros. Se puede imaginar seres no materiales. ¿No demuestra la física actual que la materia no es más que energía condensada? Entonces, ¿por qué no existirían seres vivos no substanciales? La electrónica y la cybernética nos ayudan a imaginar lo que podrían ser las criaturas puramente energéticas.

La audacia de la literatura de ficción es a menudo más realista que la extremada timidez científica. La bomba atómica ha explotado en los relatos de anticipación antes de destruir Hiroshima.

Los platillos volantes son, tal vez, la mayor mistificación de la mitad del siglo. Tal vez... Pero es ridículo encogerse de hombros con el pretexto que eso depasa lo verosímil y que no se pueden creer las cosas imposibles. En un relato de Lewis Carron, hay una heroína que responde a una amiga que se niega a creer en imposibilidades: «Permítame Vd. que le diga que no tiene Vd. costumbre. Cuando yo tenía su edad pasaba cada día media hora en ejercitarme. ¡Pues bien! Me ocurría a veces creer hasta seis cosas imposibles antes de tomar mi desayuno.»

Haced como ella y ejercitaos a recibir la visita de pilotos de platillos volantes sin asombro exagerado... y con la mayor amabilidad, pues sería peligroso y podría pagarse cara una tentativa brutal. El antiguo jefe de la R.A.F. lord Dowding declara que «no hay que intentar jamás abatir uno de esos platillos pues disponen de respuestas terribles».

L Y G

## NUESTRA SECCION LITERARIA

### *“La Vida y los Libros”*

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)



# SARTRE, EROSTRATO Y NOSOTROS



ACE algunos años dirigíamos la publicación que servía de órgano a los estudiantes universitarios panameños. En cierta ocasión publicamos un fragmento del drama sartriano «Erostrato».

La polvareda que dicho fragmento levantó fué tan grande que fuimos enjuiciados por parte de algunos miembros del Directorio de los Estudiantes Universitarios. Sin embargo, infinidad de personas se interesaron por conocer a Jean-Paul Sartre y las ediciones de sus obras se agotaron rápidamente en Panamá.

Hoy llevamos a las columnas de esta leída revista el texto que por nuestra parte hicimos de la no-inmoralidad y la no-obscuridad en Sartre.

\* \* \*

«La Náusea. Eso es pues, la Náusea: ¿Esta sosegadora evidencia?... bien, qué ahora: yo existo — el mundo existe — yo sé que el mundo existe. Es todo. Pero todo. Pero me da lo mismo.

El hombre no es más que sus propósitos: existe sólo en la medida en que los cumple.

¡Yo me he situado sobre la nada! Lo obscuro es una forma de ser — para — otro que pertenece al género de lo «sin gracia». La gracia es el símbolo, la expresión misma de la libertad.»

\* \* \*

«El existencialismo — agrega Agustín Souchy —, es una Europa abandonada. Es la filosofía del hombre que vive en un mundo destrozado en lo material y en lo moral.

«Los hombres mal situados quieren huir de una existencia desesperada, de una vida imaginaria de un mundo distinto...»

El existencialismo — agrega Agustín Souchy —, es una filosofía de la nada, es decir, una filosofía que afirma que nada existe en la vida del hombre, que no sea lo transitorio y eternamente mutable de nuestros diferentes estados de ánimo, distintos de día en día y de hora en hora.»

En Jean-Paul Sartre se concentra la soledad de toda una época, la soledad de nuestro tiempo.

La filosofía sartriana, en su parte moral, es accesible a cualquier persona de mediana educación. Es el canto del hombre desesperado. Sartre lleva lo problemático de la existencia al teatro y a la literatura y «su doctrina se levanta como un signo de nuestro tiempo».

Creador de un nuevo orden en la filosofía, Sartre, a la vez que elogiado y criticado acremente por la intelectualidad contemporánea, arrebató al hombre sus ilusiones, encarna el ideal del desesperado emprendedor.

El existencialismo sostiene que el ser está constreñido a una sola dimensión del tiempo: al presente. Fuera de este presente existe sólo la nada, el aniquilamiento, el anonadamiento.

Jean-Paul Sartre es el expositor de un dramatismo crudo. Como novelista y dramaturgo ha revolucionado la literatura y la escena. Como filósofo y pensador, sus ideas han influido poderosamente en la intelectualidad actual y abierto nuevos cauces en el pensamiento filosófico de esta centuria.

Sucesor de Maine, de Biran, de Pascal y de Nietzsche, Sartre sitúa al hombre en completo abandono frente a sí mismo en un mundo desolado y sin sentido. Lo ilógico, lo incongruente e irreal de la vida humana provoca Náusea al ser desamparado — el hombre —. Lo viscoso y nauseabundo de la vida salta a relucir en toda la obra sartriana.

Este existencialismo francés ahonda en el sentimiento individualista de la existencia. «Nadie puede vivir por mí, nadie puede morir por mí. Sólo yo en cuanto a existente soy capaz de vivir mi muerte y asistir a la realización de mi existencia...»

A través de estas líneas muchos han querido ver cierta influencia del gran profeta alemán, Max Stirner (autor de «El único y su propiedad») de quien también toma muchos pensamientos el discutido cantor del superhombre, Federico Nietzsche.

Sartre toma los conceptos metafísicos de Heidegger y los lleva a un plano sociológico. Conocedor profundo de la psicología humana, Sartre se vale de la escena y de la novela para mostrar al común — en forma palpable y tangible — la realidad de su pensamiento existencialista.

«Los detractores del existencialismo (francés) interpretan su aparición como una expresión submarina de las malas pasiones y de los sentimientos que el hombre vanamente ha tratado de sepultar durante dos milenios, como una salida a la superficie de todo lo que tiene de nauseabundo y soez, de bajo y elemental el ser humano».

¡Lo cierto es que sólo Sartre ha sido capaz de mostrar «lo desesperado y desesperante» de un mundo como el que vivimos!

Ei sumo pontífice del existencialismo francés, Jean-Paul Sartre, presenta sus dramas y sus novelas en forma libre. El diálogo es considerado por muchos impúdico y sin veladuras ¡pero resulta nuevo!

«Huis-clos», «Les Mouches», «Morts sans sépulture», muestran episodios crudos, pero reales que causan escozor y rubor a aquellos timoratos y «sensibles» que demuestran con ello que «su paladar no está acostumbrado a «delicadezas» semejantes...»

Se nota algo cínico y turbador en la obra de Sartre, obra «empleada a mostrar la vida como un cuento idiota».



La náusea que de este mundo le experimentan los personajes del teatro y de la novela del filósofo francés, náusea que trasciende al espectador y al lector, es metafísica. Nadie puede decir — sin mentir — que los escritos sartrianos son pornográficos.

De este hito partió la discusión en el Directorio de la Unión de Estudiantes Universitarios, donde el Director de la «Voz Universitaria» fué acusado de haber publicado un fragmento pornográfico y grosero. Como Director asistí a la sesión donde algunas personas pidieron un voto de censura para mí, así como también mi expulsión de la dirección del periódico.

Me limité a demostrar el valor de Sartre como el hombre que ha llevado a la novela y al teatro conceptos filosóficos profundos.

El nuevo teatro francés no hace más que traer a la escena mitos antiguos. Es un retorno a la tragedia clásica donde los personajes representan deseos puros y libres. Exponen las situaciones más comunes a la experiencia humana, aquellas que ocurren por lo menos una vez en la vida.

Según Hegel, para los trágicos griegos la pasión fué fundamentalmente un derecho. En el nuevo teatro contemporáneo hay «un transporte de sentimientos que tienen su origen profundo dentro de nosotros, impresiones de deseos que son afirmaciones de derechos comunes — el derecho de la ciudadanía, el derecho de familia, el de ética individual y social, el derecho de rebelarse los seres humanos, su condición piadosa y fuerte».

Veamos lo que nos dice el mismo Sartre sobre el nuevo teatro (1): «El nuevo teatro ha dibujado el llamado «teatro realista», porque el realismo ha ofrecido siempre argumentos que muestran cómo fuerzas externas apelan al hombre, lo destruyen a pedazos y hacen de él, finalmente, una movable veleta que cambia de acuerdo con el viento. Claman para nosotros el verdadero realismo, porque es imposible en nuestra vida diaria distinguir entre lo real y lo ideal, lo psicológico y lo ético. Este teatro explora el estado del hombre en su integridad y presenta al hombre moderno como un retrato de sí mismo, con sus esperanzas y sus esfuerzos de lucha».

«Las reacciones violentas del público muestran que el teatro nuevo está penetrando hondamente en él, justamente donde debe penetrar. El drama nuevo es violento y breve; gira alrededor de un solo suceso; la acción se desarrolla en breve lapso; el argumento es intenso, en el cual el «dramatis personæ» defiende sus derechos e intereses individuales con pasión. Esto es lo que hace diferente el moderno drama francés de la brillante fantasía de Broadway».

Sartre y sus seguidores — Simone de Beauvoir y Albert Camus, entre otros — usan un lenguaje sencillo y breve en sus obras teatrales. La trama es corta y rápida, violenta y reducida, muchas veces, a un solo acto.

Lo metafísico del teatro de hoy se halla «en las circunstancias locales de nuestro mundo».

«Le Mur» comprende una serie de dramas cortos entre los cuales se encuentran «El Muro» — del cual toma el nombre general de la obra —, «La infancia de un jefe», «La Cámara», «Intimidad» y «Eróstrato».

Jean-Paul Sartre trae a nosotros la figura de Eróstrato, el oscuro e inepto de Efeso, quien ansioso de hacer eterno su nombre no vaciló en ultrajar el arte y el buen gusto helénico.

Individuo incapaz de descollar al lado de los grandes de

su época, incendió el templo de Diana, con el fin de pasar a la inmortalidad como autor de semejante ultraje.

El griego ha conquistado la inmortalidad por su amor al arte y a la filosofía. El arte es la expresión de la estética; la estética señala la armonía de las ideas y de las cosas. Eróstrato se burla del arte y de la estética influenciado por su egocentrismo. Su propia incapacidad de crear algo artístico y de valor lo lleva a cometer su crimen.

La noche del año 356 A.C. — noche del nacimiento de Alejandro de Macedonia — Eróstrato consumaba su obra, siendo condenado a muerte por los habitantes de Atica y luego al olvido.

Pero una vez muerto, el nombre de Eróstrato se volvió popular y ha pasado a la historia gracias a Teopompo. Eróstrato triunfó al ver realizado su sueño de pasar a la inmortalidad aún cuando fuese recordado con odio.

Para los que suponen a la humanidad regida por leyes divinas y entienden que «la existencia no es más que un accidente en la silenciosa carrera del Siderio hacia lo ignoto», la existencia se hace patente en la creación del hombre. Esta creación trasciende mediante el acto sexual. En suma, pertenencia íntima del individuo es su capacidad de reproducirse en otros, de hacerse trascendente en los hijos.

Los seres normales no se asustan ni se espantan ante la realidad de lo sexual. El cuerpo humano para el griego, era la expresión máxima de la belleza. Nosotros elogiamos el desnudo de una mujer bien proporcionada y elegante. Ningún ser normal puede considerar inmoral, indecoroso y anti-estético un cuerpo de mujer al desnudo. Contemplar un desnudo es tener un goce estético.

Pero la malignidad humana — bien representada por Eróstrato — se hace presente en los seres morbosos y enfermos. Ante lo que es lógico para los seres normales, el anormal se espanta y pretende ver grosería y obscenidad. Se burla enseguida de lo artístico y ridiculiza lo natural y correcto.

El personaje sartriano, Eróstrato, impotente e incapaz biológicamente, se burla de los normales humanos y ridiculiza eso mismo para lo cual es incapaz. ¡He allí lo real del «Eróstrato» de Sartre!

En medio de las explicaciones dadas a los compañeros del Directorio les presenté un problema. Ofrecíles la oportunidad de comprobar mediante un sencillo experimento el sentido exacto de la obra sartriana en discusión. Y fué el siguiente: Intentaba leer el fragmento mencionado y una vez terminada la lectura, cada uno de los presentes votaría en secreto la reacción sentida. Es decir, votaría afirmativa o negativamente sobre si había sentido alguna excitación sexual al escuchar lo leído. Inmediatamente después leería en alta voz un pasaje de cualquier obra reconocida como pornográfica, o sea, hecha exclusivamente con el fin no de presentar realidades humanas, sino de excitar al lector. Igualmente el auditorio estaba en capacidad de votar.

Sostuve que al final del experimento veríamos que el 99 % de los presentes, gente normal, diría que se había sentido asqueado, que la NAUSEA se le había hecho patente. Solamente un ser morbosos es capaz de sentir goce ante lo repugnante. De la otra votación, resultaría que un 99 % se habría excitado sexualmente, ¡no así el otro 1 % anormal!

Una vez llegado a esta parte de la exposición el auditorio presente se manifestó a favor de la tesis de que «la obra de Sartre no tenía nada de pornográfico». El Director demostró una capacidad única para juzgar actos como el que esa noche le tocó dirimir. De algunos de los también allí presentes, que quisieron confundir (por no-comprensión) lo filosófico — lo humano — en Sartre, con la vulgaridad y la grosería, «Eróstrato les hacía muecas y se reía de ellos... ¡los había asombrado!»

Osmán DESIRE

..

(1) Tomado del artículo de Jean-Paul Sartre «Forgers of Myths» y que yo traduje bajo el título de «Innovadores del Teatro».



# TRES MIL AÑOS DE TERROR MILITAR

## El pillaje y la destrucción de civiles a través de los siglos

**S**E ha tratado mucho de lo caballeresco en la historia. Los «choques de armas» han sido siempre embellecidos a profusión para suscitar entusiasmos pretendidamente generosos. Sin embargo, veáanse esos cuadros de guerra que suscitarían mucha menos admiración para la gente militar si los escritores pusieran más frecuentemente en relieve sus grandes frescos heroicos. La masacre de los civiles, el saqueo y la violación, cuentan también entre las más constantes tradiciones militares. Hemos nosotros, traído algunos testimonios en los numerosos precedentes, con hechos que se escalonan desde las más antiguas civilizaciones hasta el Renacimiento.

Continuamos con la evocación de algunas «proezas», que se sitúan en la época de este Renacimiento, que debía honrar a la cultura antigua y producir genios en las ciencias, en las artes y en la literatura. En esos siglos de luces, se encontraron aun grandes espíritus para fulminar contra la guerra y establecer proyectos de paz, que debían unirse en «el infinito de las lunas muertas», por todos los planes de peligrosos y centuplicando la potencia de los artefactos de destrucción.

Partidarios de las «seguridades» ilusorias y compeones de la guerra humanizada, no han podido romper un solo eslabón de esta cadena de crímenes y barbaries que se prosiguen hasta las perspectivas del más sombrío abismo.

La objeción de conciencia ¿no será, en fin, en nuestros tiempos, esta esperada llamada que puede salvar al mundo de las espantosas mañanas que, inconscientemente, se preparan? — S. V.

El 30 de octubre de 1468, 40.000 burguñanos y 300.000 armados del rey de Francia entraron en Lieja por brechas que nadie había pensado defender. El pueblo se refugió en las iglesias; pero, nada fué respetado. Se saqueó, se destruyó, se masacró todo y se terminó por incendiar esta infeliz ciudad que pronto fué un montón de ruinas. (Ph. Le Bas. DIC. ENCYCL., t. X, p. 235).

1478: Croye, en Albania, es tomada por los turcos, luego de un largo sitio. Sus habitantes fueron masacrados, a pesar de su capitulación. El ejército turco se lanzó enseguida sobre Drivaste, Sebenigo y Alesio, cometiendo horribles crueldades. El 26 de julio de 1480, las mismas escenas de espanto en Otranto: degollamiento de todos los habitantes. El gobernador y el obispo fueron aserrados por la mitad del cuerpo. (Daru. HIST. DE LA REPUB. DE VENISE, L. 17). 10.000 personas fueron asesinadas.

Por aquel tiempo, España sufría también grandes daños. El estandarte verde del profeta era un signo de terror y de muerte. En 1481, en una noche oscura, en medio de la tempestad, los moros invadieron la ciudad escarpada de Zahara. Escalando las murallas penetraron sin ruido. La violación, el saqueo y el asesinato siguieron a la sorpresa; y el sol iluminó al otro día un espectáculo de dolores y de ruinas. (A. Ballesteros Beretta. HIST. DE ESPAÑA.)

En 1499, los turcos se apoderaron de Modona, en el mar Jónico. Una masacre horrible despobló la ciudad de la mitad de sus habitantes. Durazzo, en Albania, sufrió enseguida la misma suerte. (Giustiniani, STORIA L. 10.)

La invasión del reinado de Nápoles por los franceses es acompañada de idénticos excesos, a tal punto que un historiador declara: «Nos parece leer la histo-

ria de los mahometanos y no la de los cristianos...» Luego de la toma de Capua (1500), y la masacre de sus habitantes, tuvo lugar la partición y la venta de las mujeres. El duque de Valentinois tuvo 40 para él, escogidas entre las más hermosas. (Giustiniani. STORIA D'ITALIA.)

Durante la ocupación francesa del Milanés, el gobernador, Chaumont d'Ambroise, hizo ejecutar 600 individuos a la vez; lo que Luis XII contaba riendo, añadiendo, «hace un año era para los italianos un ser odioso, ahora Chaumont va a reemplazarme». (Machia-vel. Leg. en France, carta del 29 de julio de 1510.)

Es sobre esta época cuando el historiador Alberto Sorel, narra que: «el ejército francés hacía la guerra con un ardor profesional, la guerra sin cuartel, una guerra atroz cuya idea aterrorizaba a los italianos, acostumbrados a los reclutamientos cortes de sus milicias mercenarias...»

En 1512, después de la toma de Brescia por las tropas de Gaston de Foix, fué hecha, dice Guicciardini, una horrible carnicería con los habitantes. El saqueo duró siete días... Hacia la misma época, las tropas austríacas amenazaban Padua. Se trajeron soldados de Venecia. Para exaltar el resentimiento del pueblo, se le contaba, lo que es verdad, para vergüenza de la humanidad, que los austríacos reventaban los ojos y cortaban los pulgares a los campesinos del Friul, que se resistían a someterse. (Daru. HIST. DE LA REPL. DE VENISE, t. IV.)

El 6 de mayo de 1527, el ejército francés invadió Roma. Desde el castillo de San Angel, en donde se había refugiado, oía el papa los gritos de más de 40.000 personas degolladas por los vencedores... Se veían soldados, con la doble borrachera de sangre y vino, pasear encima de asnos a prelados con vestidos pontificales, arrastrar a cardenales por las calles,



ultrajándolos y pegándolos. La avidez mutilaba las obras de arte, despojaba y dispersaba las reliquias, destruía los tabernáculos... La licencia rompía las puertas de las mansiones y de los monasterios. En tal desorden, la biblioteca del Vaticano fué pillada por los bárbaros que ignoraban su valor. Las plazas de Roma eran un mercado en que los soldados trocaban las mujeres y el botín; y esos excesos espantosos que recordaban el furor de los vándalos y los godos, duraron sin disminuir, no algunas horas, sino más de dos meses. (Guicciardini. STORIA D'ITALIA, 1490-1534.)

La reforma, desde sus primeros pasos, contó numerosos adeptos en los Países Bajos. No podía ser tolerada por la Corte de España, que gobernaba ya los países conquistados por medios feroces. En 1535, María, reina de los Países Bajos hizo publico un edicto que condenaba a muerte a todos los heréticos. Por favor, debían ser decapitados los hombres y enterradas vivas las mujeres que se arrepentían. Los impenitentes obstinados eran destinados a la hoguera. (Schiller. HIST. DU SOULEVEMENT DES PAYS-BAS.)

En 1539, los ganeses se rebelaron contra la ocupación española. Carlos Quinto deliberaba sobre el «trato» que debía infligirles, quiso conocer el sentimiento del duque de Alba, que opinaba que un país rebelde debe ser arruinado... Hecho gobernador de los Países Bajos, Alba instituyó el sangriento «tribunal de las rebeldías», que tenía un cadalso en permanencia. Las hazañas canibalescas de este guerrero que, el abate Reynal designa como uno de los más grandes capitanes del siglo XVI, han sido objeto de numerosos relatos. Menos conocidas son las crueldades inauditas que fueron soportadas por los holandeses acusados, a menudo equivocadamente, de colaboración con el ocupante español. «Los tormentos más crueles les esperaban. Los miembros dislocados, sus cuerpos descarnados a latigazos eran envueltos con paños saturados de aguardiente; los que se quemaban se les dejaba en este estado hasta que su piel ennegrecida fuese quemada, descubriendo así los nervios de diferentes partes del cuerpo... A fuerza de golpes, se les impedía el sueño... Arenques secos y otros alimentos sucios era lo que les daban para comer, para encender en sus entrañas todos los fuegos de una sed devoradora, sin permitirles el uso de un vaso de agua, a pesar de sus súplicas.» (Kerroux. ABREGE DE L'HISTOIRE D'HOLLANDE. Leyde, 1778, t. II, p. 310; y Havensius. DE CRUELITATE MOR., 1608.)

Igualmente al servicio de la potente España, en 1554, J. J. Medichino, marqués de Marignan, se apoderó después de un asedio de ocho meses, de la ciudad de Siena rebelada contra Carlos Quinto. Irritado, por la larga resistencia de los sieneses, volvió su rabia contra los infelices habitantes de la campiña, ahorcando a más de 5.000 de toda edad y de ambos sexos. (M. A. Misciglia. VITA DI J. J. MEDICHINO.) Fué en 1625, cuando el famoso jurisconsulto Grotius, publicó su «De jure belli et pacis», del que se inspiraron bien poco los beligerantes del porvenir... Sully hablaba, en la misma época, de un proyecto de federación europea, destinado a engendrar la paz perpetua.

1647: El autor de los anales turcos, narra los acontecimientos de la guerra en Dalmacia, y cuenta un hecho que no se lee en los historiadores venecianos,

que cargan a los otomanos sus atrocidades. «Los venecianos, dice, se hicieron amos de la mayor parte de las plazas de Sandjak, de Karta. Los que pudieron salvarse se escaparon desnudos, del lado de Bosna, abandonando mujeres y niños... El dizdar de Noagra, los spahis de Obschatz y cerca de 400 jenízaros fueron hechos esclavos, y los venecianos hicieron pasear a sus mujeres desnudas en su campamento. Transportaron a Cogia Khalibdeg, de Kasta a Venecia, y habiéndole dicho que no se presentase con las manos vacías delante del dogo, le pusieron una cajita en las manos para hacerle el regalo. Conducido delante del dogo, le obligaron a abrir la cajita, y encontró en ella la cabeza de su padre...» (ANNALES TURQUES, trad. por Galland.)

1672: los historiadores holandeses pretenden que el mariscal de Luxemburgo había dicho a sus tropas al principio de la campaña de Holanda: «Id, hijos míos, saquead, matad, violad, y si hay algo más terrible, hacedlo aún...» Es imposible, dice ingenuamente de Feller, que un general francés haya hecho un discurso tan bárbaro, pero lo que hay de cierto, es que los soldados incendiaron Bodegrave y se libraron, al resplandor del incendio, al libertinaje y a la crueldad. (DIC. HIST. t., VII.)

El fin del siglo XVII fué marcado por las abominables represiones de Irlanda y del Palatinato. En Irlanda, terribles excesos fueron cometidos por los revoltosos, pero mucho más terrible fué aún la represión. Inglaterra dejó que bandas de matarifes asesinaran en Irlanda, demolieran e incendiaran, dice el viajero J. de Feuilleide, escribiendo la historia de estos levantamientos que se prosiguieron, según la expresión de otro escritor, durante siete siglos de rapiñas y de violencias, a la incuria alternando con la ferocidad; sin un poco de humanidad ni de sabiduría política, ni aun la inteligencia del campesino que desplaza a su yegua para que no muera. (Aug. Filon. PROFILS ANGLAIS.)

Los archivos de la academia de Dublin conservan una carta autográfica del famoso Parsons que escribió el 20 de junio de 1643 a Richard Boyle, refiriéndose a los irlandeses: «Me parece que sólo una exterminación general puede conducirnos a una paz duradera. Os lo ruego. No dejéis uno vivo...»

Para el Palatinato, Louvois había dicho: «Hay que hacer entrar en razón, absolutamente, a esas gentes, sea colgándolos o quemando sus aldeas.» (Camille Rousset. LOUVOIS. t., IV.) Realizando este programa, después de la batalla de Sintzheim, los franceses incendiaron y asesinaron en el Palatinato. Dos ciudades y 25 pueblos fueron quemados. «Debemos convenir, dice Voltaire, que los que tienen más humanidad que estima por las hazañas de la guerra, gimen en esta campaña célebre por las desgracias de los pueblos tanto como por las expediciones de Turena.»

Argenson, durante su ministerio, se emocionó y protestó contra las crueldades; se le respondió que «guerra y piedad no pueden ir juntas». Era el tiempo en que el abate de Saint Pierre producía su proyecto de paz perpetua, que fué ridiculizado. Se le reprochó, notablemente, el querer dulcificar a los grandes en los ocios de la paz...

S. VERGINE



## LA EDUCACION DEL HOMBRE

## EL INDIVIDUO Y EL GRUPO

## 7. EL INDIVIDUO Y EL GRUPO.



Se desenvuelve esta genuina relación entre maestro y alumno y el maestro llega así a ser el foco de un grupo de alumnos que le aman y confían en él, fácil entonces establecer los preceptos de apoyo mutuo dentro del grupo. de la clase, de la casa, de la escuela, se ha formado una relación recíproca que puede reemplazar esas relaciones de restricciones que son normales en los métodos tradicionales

de educación.

Si este sentimiento de confianza en el maestro fuera el solo motivo psicológico en acción dentro de tal grupo, es posible que se desarrollaran complicaciones de rivalidad y envidia. Pero en realidad el grupo crea espontáneamente una cohesión y vida social, la cual es ajena al maestro. La aparición espontánea de grupos entre los niños, ha sido estudiada por pedagogos como Jean Piaget y Susan Isaacs, y en el Peckham Health Centre se ha llevado a cabo un experimento social de una gran envergadura el cual cubre todo el desarrollo del individuo, con resultados que apoyan completamente esta tesis.

La importancia de este desarrollo, en la vida del niño, es que este conduce al niño por «etapas naturales» de un estado autocentrado de egotismo a una actitud social de cooperación. No existe pues razón para forzar al niño a comprender y aceptar un código moral cuya justicia no puede apreciar. Ese abstracto «sentido de deber» está completamente fuera del alcance mental del niño: al niño sólo puede forzarse en el cumplimiento del mismo. Pero ese sentido de «juego de niño» que emerge cuando los niños desarrollan sus propias actividades, es una cosa real: es una intimidad sentida entre los pequeños seres humanos que deben cooperar en la realización de este fin común. Y para realizar esta tarea ellos deben de crear unas reglas; las reglas del juego que dan coherencia y formas a sus actividades. En estas reglas tan espontáneamente que dan gusto y satisfacción al creciente instinto y deseo animal, yace oculto el patrón de una sociedad en la cual todas las personas son libres, pero libremente accediendo hacia un fin común.

Es imposible ponderar la naturaleza fundamental de este aspecto de la educación, el cual yo he llamado «iniciación». En esta etapa de la vida debe hacerse una opción la cual dicta la forma que nuestra sociedad tomará. En un sentido podemos instituir códigos de conducta y moralidad, objetivos a los que son entregados nuestros niños antes de que tengan uso de razón y a los que están forzados a adaptarse por un sistema de recompensas y castigos. Ese camino nos conduce a una sociedad autoritaria, gobernada por leyes y sancionada por el poder militar. Es la clase de sociedad en la que la mayor parte del mundo vive hoy, cargada de neurosis, llena de envidia y de aversión, devastada por guerras y epidemias.

En otro sentido podemos evitar todos los códigos coercitivos de moralidad, todas las concepciones formales de «bien» y «mal». Pues una moralidad de obediencia podemos sustituirla por una moralidad de afección y reciprocidad, ese vivir juntos en perfecta armonía que fué una vez el ideal de la Cristiandad. Admitiendo que la vida desplegada espontáneamente por los niños entre ellos mismos da lugar a una disciplina infinitamente más cerca a ese acuerdo interior o armonía que es la identidad del hombre virtuoso, podemos encaminarnos a hacer de nuestros maestros los amigos de sus alumnos en vez de sus dueños; como maestros no deben llevar a cabo reglas preestablecidas, sino que deben instigar a sus niños a que pongan en práctica su propia iniciativa y actividades cooperadoras y de esta forma, espontáneamente, trazan sus propios reglamentos. La disciplina no debe ser impuesta, sino expuesta, expuesta como el verdadero, económico y armonioso camino de la acción. Podemos evitar los males del sistema de concurso de exámenes, el cual sirve meramente para reforzar el egocentrismo inherente en el niño; podemos eliminar toda idea de remuneración y castigo, substituyéndolo por un buen sentido colectivo de comunidad al que se dará compensación debida y libremente por negligencia o egoísmo. En todas las cosas, morales e intelectuales, debemos obrar bajo la impresión de que no poseemos más que lo que hemos conquistado por nosotros mismos; que nos perfeccionamos por los hábitos naturales, pero nos esclavizamos por las convenciones sociales; y hasta que no lleguemos a compenetrarnos con la belleza no seremos capaces de poseer la verdad y la bondad, pues por belleza entendemos el principio de armonía que es orden dado del universo físico, al cual nos ajustamos y vivimos o rechazamos y morimos.

## 8. LA LIBERTAD DE LA ESCUELA.

El lector que me haya seguido de grado hasta ahora debe estar preparado para algunas consecuencias lógicas que están reñidas con el rumbo general del pensamiento progresivo. El progreso en la educación a través del mundo civilizado ha sido concebido en su mayor parte en términos de «sistemas nacionales» y todos nuestros esfuerzos han sido el hacer tales sistemas más y más reglamentados. Si el sistema llegáramos a hacerlo perfecto, argumentamos, los resultados serían mucho mejores.

Podríamos haber obrado en diferente sentido: podríamos por ejemplo, habernos concentrado en el entrenamiento de los maestros, y habiendo perfeccionado esto, decirles: Salir al mundo, y donde quiera que haya niños que os escuchen, en edificios públicos de las aldeas y en las esquinas de las calles, en carreteras y caminos, reunirlos alrededor vuestro y enseñarles como una vez Cristo les enseñó. Podríamos, mejor dicho, haber considerado a los maestros como misioneros mejor que como preceptores. ¿Y quién se



Hacen falta borregos, dóciles instrumentos de matanza, gentes propicias al sacrificio, y la literatura belicosa lanza sus estrofas heroicas a la heroicidad de las naciones. ¡Miserable ramera que brinda la piltrafa del sexo averiado al ansia de loca de todas las decrepitudes!

(*El Libertario*, núm. 1, Gijón 10 Agosto 1912.)

### PROCESO SUMARISIMO

Un joven picapedrero purga en la cárcel no se qué tremendo delito. En la cárcel adquiere una grave dolencia. Está vencido, agotado, arruinado. De la cárcel pasa al hospital. Y allí muere.

El anciano padre no resiste tan grave quebranto, y enferma también. Moribundo, le llevan al hospital y allí expira.

En pocos días, dos víctimas.  
La pobre, la dolorosa madre se rinde al terrible sufrimiento. Cae a su vez enferma. Está en inminente trance de muerte. Morirá. ¿En el hospital? O en el arroyo. Todo es igual y lo mismo.

Nada de sensibilidades. Es de mal tono. Nada de apocalípticas condenaciones. Están pasadas de moda.

Sin lágrimas y sin gritos, digamos friamente que eso es una horrible monstruosidad y que esa horrible monstruosidad hace el proceso sumarísimo de esta maravillosa organización social en que vivimos.

Dos mujeres han aventado en *El País* la triste, la aterradora historia. De los hombres no se sabe que hayan salido voces de indignación, siquiera de reproche. Tan bajo han caído.

Cantemos con el poeta galaico:

Si este e o mundo qu'en fixen,

Qu'o demo me leve.

(*El Libertario*, núm. 2, Gijón 17 Agosto 1921.)

### CIENCIA OFICIAL DE CRIMINOLOGIA

Se ha creado en Francia una oficina de criminología, adjunta al Ministerio de Justicia, con la pretensión de descubrir las leyes sociales de la génesis del delito. Mediante el presupuesto modestísimo de 17.000 francos, se trata de organizar y metodizar el estudio individual de los delincuentes desde el punto de vista fisiológico, del psicológico y del de las influencias sociales. Un grano de anís.

Parece que la sociedad francesa se ha alarmado por el creciente aumento de la criminalidad en los jóvenes. Casi todos los apaches son muchachos de pocos años, algunos adolescentes. Los «jóvenes bárbaros» son legión. Poco más o menos, así se expresa un sesudo periodista de la corte.

Este sesudo periodista se entrega a muy atinadas y muy ordenadas consideraciones sobre el particular. Ante todo, estima que la escuela laica (oficial en Francia) es uno de los factores de criminalidad aun cuando *per se* dicha escuela no sea ni amoral ni inmoral, pero que no es, como debiera ser, órgano adecuado de formación moral. De otra parte, observa el citado periodista que existe una gran lacuna entre el final de la edad escolar y el comienzo del desenvolvimiento del carácter y de

raleza de los trabajos obligará, en unos casos, a turnar en la ejecución de ciertas tareas; obligará, en otros, al voluntariado. Ya será necesario que un grupo se ocupe permanentemente de tales labores; ya que tales otras se ejecuten, alternando, por varias agrupaciones. Aquí la distribución podrá seguir el procedimiento comunista, que la abandona a las necesidades, mejor sería decir a las voluntades de los individuos. Allí será preciso reducirse voluntariamente a una regla cualquiera, como el razonamiento u otra semejante. ¡Quién es capaz de abarcar el conjunto de toda la vida futura!

Podrá decirse que todo lo expuesto, es sencillamente, comunismo. En este supuesto, el colectivismo es también comunismo, y reciprocamente. No hay más que diferencia de grado. Y lo que trato de probar es la contradicción en que se incurre cuando a la palabra anarquía se asocia un sistema cerrado, invariable, uniforme, sujeto a reglas predeterminadas.

Podrá estar en el cerebro de todos nosotros este espíritu de amplia libertad, este criterio general que designo con el nombre de cooperación libre; pero los resultados prácticos demuestran que, más o menos, a las palabras comunismo, colectivismo, etc..., se asocia la idea de un plan completo de convivencia social, fuera del que todo es erróneo.

Nuestras luchas se derivan precisamente de esa asociación de ciertas ideas a ciertas palabras donde todo exclusivismo tiene su asiento. Y cuando a la propaganda se llevan particularismos de escuelas, los resultados son fatales, porque en vez de hacer anarquistas conscientes, hacemos fanáticos del comunismo A o fanáticos del comunismo B, fanáticos, en fin, de un dogma, cualquiera que sea.

A las razones, que pudiéramos llamar de orden interior, ya expuestas, habré de añadir otras de orden general que corroboran mis deducciones.

La experiencia actual y la experiencia histórica —de las que la experiencia del porvenir no será más que el corolario— serán puestas a contribución.

Dondequiera que un sistema ha predominado o predomina, los hechos están muy lejos de seguir reglas invariables. El principio es, generalmente, uno; las experiencias prácticas notablemente, desviándose del punto de partida. Del comunismo de algunos pueblos sólo puede obtenerse una característica ideal. En los hechos no hay comunismo igual a otro comunismo. En todas partes se hacen concesiones al individualismo, pero en grado muy diverso. La reglamentación de la vida oscila desde el libre acuerdo hasta el despotismo más repugnante. Desde los esquimales, que viven en comunidades libres, hasta el comunismo autoritario del antiguo Imperio peruano, la distancia es enorme. Y no obstante, las prácticas del comunismo se derivan de un sólo principio: el derecho eminente de la colectividad. Este principio no subsiste empero, sin limitaciones esenciales. En todas partes las reservas en beneficio de la individualidad son numerosas. En unos casos es de propiedad privada la casa y el jardín. En otros, la comunidad no alcanza sino a una porción de la tierra, reservándose las otras el Estado y los sacerdotes o los guerreros. Finalmente, los esquimales, en sus libres comunidades reconocen en el individuo el derecho a separarse



de la comunidad y establecerse en otra parte, cazando y pescando a su riesgo. Cualquiera puede, continuando esta excursión por los dominios de la sociología y de la historia, convenirse de lo trabajoso que es explicarse cómo prácticas tan contrarias proceden de un principio común.

Del mismo modo, el régimen individualista se halla en ciertas regiones más cerca del comunismo que del individualismo propiamente dicho. La propiedad, en muchos casos, se reduce a la posesión o al usufructo que el Estado, a voluntad, concede o retira. En otros, el uso de la tierra se da por reparos periódicos, porque teóricamente se dice que el suelo es de todos.

Si analizamos la experiencia actual del individualismo industrial o agrícola, veremos que el principio o regla es uno: el derecho a la propiedad exclusiva y absoluta de las cosas, pero que los métodos de aplicación varían de país a país y de pueblo a pueblo. No obstante el empeño de unificación de los legisladores, el poder absorbente y unitarista del Estado, las leyes son un verdadero maremágnum y los usos y costumbres en la industria, en la agricultura y en el comercio tan opuestos entre sí, que lo que es equitativo en un lugar se tiene por injusto en otro.

Hay países donde la asociación obra milagros y otros donde cada cual prefiere inchar solo en beneficio suyo exclusivo. Comarcas enteras pertenecen, en una misma nación, a una docena de individuos, mientras otras están subdivididas en pequeñas parcelas. Aquí prevalece la grande industria; allá perdura el antiguo artesano, trabajando en su pequeño taller. La transmisión de la propiedad reviste las más variadas formas. Y en cuanto a las rentas cobradas por el señor que goza del derecho eminente, han desaparecido o se han transformado en unos sitios, persisten invariables en otros.

¿Será necesario consignar que ningún Estado sedicente civilizado es por completo individualista? No obstante el derecho al uso y abuso de las cosas, el poder público invade a cada paso el derecho de los ciudadanos. Por causa de utilidad general se establece la expropiación, recayendo de nuevo en el principio comunista del derecho eminente de la colectividad.

Por otra parte, una porción considerable de la riqueza es de uso común en los países civilizados, y gran número de instituciones, comunidades son que viven en medio del individualismo moderno.

Creo inútil aducir pruebas que están al alcance de todo el mundo. Me limito a indicar un proceso y sacar las conclusiones.

De las experiencias expuestas deduzco que el porvenir se desenvolverá según un principio general: el de la posesión común o colectiva—ambos términos son para mí equivalentes—de la riqueza y que prácticamente este principio se traducirá en métodos diversos de producción, distribución y consumo, métodos todos de libre cooperación.

Esta misma deducción resulta inmediatamente del principio de libertad que nos es tan caro. Y ahora puedo agregar que la diversidad de experiencias individualistas o comunistas contenidas en el pasado y en el presente, no son sino la consecuencia obligada del principio de libertad superviviente en la especie humana, a pesar de todas las coacciones. El individuo—y lo

Y allá, en la lejanía, donde la muchedumbre en manada rinde la vida sin saber a qué ni por qué, repercutir el rasguear de las plumas beicosas que empuercan de sangre y cieno el papel en que escriben. La sugestión convierte los borregos en lobos.

Si la serena, irrefutable filosofía de un Spencer muestra que la humanidad evoluciona rápidamente del estado guerrero al estado industrial, si la voz poderosa de cien genios clama por el término definitivo de las matanzas inútiles; si el griterío multitudinario atruena el espacio en demanda de paz y sosiego, ¡qué importa eso a los serviles y lacuyunos emborrachados de cuartillas!

Hay una fuerza todopoderosa a quien servir, y la retórica se arrastra humilde a sus pies. Si esa fuerza se llama Estado, la retórica se engalla enderezando el discurso por los senderos trillados de las grandezas y de las heroicidades nacionales. Si se llama Capital, la retórica se torna financiera y apologetica de los grandiosos adelantos de la industria moderna. Si se llama Iglesia, la retórica trueca la pluma por el hisopo, viste el sayón del inquisidor y se postura humilde ante los velustos muros de las téntricas catedrales. La fuerza triunfante es Dios, trino y uno, en cuyo altar se hace el sacrificio de todo lo que debiera ser más caro al hombre.

Pero si la fuerza se llama proletariado en rebelión, exaltación utópica, pensamiento emancipado, entonces la retórica se alza iracunda y, sobre la turba soez de los desarrapados, fulmina los rayos de su cólera... ¡Miserable ramera que brinda la piltrafa del sexo averiado al ansia loca de todas las decrepitudes!

La guerra no engendra el valor y la audacia y la temeridad. La temeridad, la audacia y el valor se prueban descendiendo a la mina, centenares de metros bajo la superficie bañada por el sol; se prueban sosteniéndose en lo más alto de un edificio sobre cimbreante labia suspendida de una desfilachada cuerda; se prueban con el trabajo impasible en el infierno de las fundiciones y de las forjas; se prueban en las máquinas y los topes de los barcos, en los tenders de las locomotoras, en las bregas con la tempestad, en las rudas luchas con la Naturaleza. El hombre se templea en la conquista del planeta que habita, de la atmósfera que le rodea, del espacio sin límites poblado de bellos e innumerables mundos.

En la guerra sólo hay un momento de locura tras un supremo esfuerzo del espíritu de conservación. Antes nada, después nada, como no sea cobardía, miedo de perder la vida, horror de la sangre, del bruido acero, de la bala mortífera. La manada, en montón, cobra ánimos aprehendiéndose y estrechándose contra los repetidos asaltos del temor. Y luego la procesión de inválidos, los detritus de las batallas, las caravanas de vagos, desmoralizados, corrompidos, traen a las ciudades y a los campos el estímullo a la holganza, a la depravación, al desorden, al desenfreno. La guerra tiene por secuela el envilecimiento.

La literatura épica es el cebo con que el poder sugestióna a las masas, el espejuelo para atraer incautos a las mallas de la red, hábilmente tendida.



La organización social con todos sus vicios, con todas sus irritantes desigualdades, con sus tremendas injusticias, es la que invalida la obra magna de las ciencias médicas. En vano que heroicamente se luche contra las pestilencias de la civilización, porque la civilización continúa engendrándolas, multiplicándolas y acaso inventándolas. Las causas de destrucción son tan indispensables al privilegio como las de conservación.

Y como todas las vacunas y todas las fórmulas posibles serán incapaces de renovar la humanidad civilizada, porque ella continuará reproduciéndose tal cual es, los nobles esfuerzos de la ciencia, que podrían ver vida nueva, no serán sino entretenimiento de una vieja vida, remendada y recosida.

Nosotros saludamos gozosos a esos hombres que combaten contra el dolor, que luchan por suprimirlo. Pero el dolor de los dolores, el hambre y la miseria, la esclavitud y la ignorancia, que en su proceso de depauperación llevan a la humanidad a una próxima ruina, requiere otros hombres heroicos y otros heroicos esfuerzos: aquellos que sean capaces de renovar el mundo de abajo arriba para que en plena justicia, en plena libertad y en completa igualdad de condiciones, recobremos la salud perdida, la salud que nos haga fuertes y poderosos frente a las adversidades de la naturaleza.

Entre tanto ¡bien haya el magnánimo empeño de los sabios, porque él nos alienta a otros empeños que un día u otro harán fructíferos los grandes éxitos de la ciencia actual!

(Acción Libertaria, núm. 5, Gijón 16 Diciembre 1910.)

### LITERATURAS BELICAS

Los espíritus superiores han dado en la flor de ponderar las excelencias de la guerra. El valor, la audacia, la temeridad son las virtudes primordiales. La guerra hace los hombres fuertes y heroicos. Las razas se mejoran, progresan, se civilizan por las artes del guerrear sin tregua. De la lucha entre hermanos, a cañonazo limpio, sale la humanidad purificada y ennoblecida.

Eso es el anverso. El reverso va enderezado contra el pacifismo. En la dulcedumbre de la vida tranquila, ordenada, amorosa, se agostan las masculinas energías, las razas degeneran y se extinguen. La paz es un narcótico. El mundo se convierte en montón de cobardes y enclenques. De la paz entre los humanos, en la vida muelle y regalada de las necesidades satisfechas, sólo puede surgir la humanidad extenuada.

El dilema final se comprende claramente.

La literatura actual está impregnada de estos barbarismos guerreros. Como si obedecieran a una consigna, los escritores de los más diversos matices entonan himnos entusiásticos al bélico ardor de los combatientes.

Es un flujo y reflujo de la espada a la pluma y de la pluma a la espada.

Despierto y en acción el apetito conquistador de las naciones, fluye naturalmente de la literatura el canto épico a las batallas. De los campos sembrados de cadáveres vuelven los cuervos con los picos ensangrentados y con sangre escriben. También cuando vuelven de las charcas escriben con cieno. El literario es lacayo de todos los éxitos.

misimo el grupo— tiende a darse siempre su norma de vida, a regirse, según sus opiniones, sus gestos y sus necesidades. Y aun cuando esté reducido a la imposición de un sistema, librará su existencia dentro de éste y contraviéndolo con arreglo todo lo más posible a dichos gustos, necesidades y opiniones. Tal ocurrió antes, tal ocurre ahora, tal pensamos ocurrirá después.

Frente, pues, a la invariabilidad sistemática, frente a todos los exclusivismos de doctrina, creo haber establecido que el corolario de la anarquía es la cooperación libre, dentro de la que toda práctica de comunidad tiene espacio adecuado. Y pienso que bajo la denominación «socialismo anarquista» podemos y debemos agruparnos todos.

Languidecen actualmente las luchas del exclusivismo doctrinal; mi deseo es haber contribuido a que desaparezcan por completo.

La afirmación del método de cooperación libre es genuinamente anarquista y enseñará, a los que a nosotros vengan, que no decretamos dogmas ni sistemas para el porvenir y que la anarquía no es una apariencia de la libertad, sino la libertad en acción.

(Memoria al Congreso revolucionario internacional de París, Mayo de 1900.)

### EL PRINCIPIO DE LA RECOMPENSA Y LA LEY DE LAS NECESIDADES

La organización social y política del mundo civilizado descansa en una variable noción del Derecho. Los pueblos salvajes rigense todavía por el invariable derecho de la fuerza. Teóricamente, estas dos aspiraciones, que son toda la filosofía y toda la ciencia en boga, resuélvense en una radical oposición que supone como triunfo definitivo de la Justicia el régimen perpetuo del Derecho.

Los programas políticos y las tesis filosóficas parten del prejuicio universal de que la realización del Derecho es la finalidad tangible del progreso humano. Los tiempos bárbaros corresponden a la fuerza bruta; los tiempos modernos a la evolución indefinida de la idea de Justicia. ¿Estamos seguros de la legitimidad de esta idea? ¿No será el producto bastardo de un concubinato infame?

Se considera al hombre como miembro social cuyas funciones están dadas de antemano por la ley común. El Derecho es el resultado de una legislación y un producto de la combinación numérica. Los metafísicos sutilizan hasta reducirlo a una nebulosa. Toda irreverencia hacia el moderno ídolo, traición política del indeciso dios de los idealistas, es gravísimo pecado que la sociedad castiga con mano fuerte.

Admira la facilidad con que una palabra gobierna el mundo? ¿Qué es el Derecho más que la misma fuerza organizada? Apenas un pueblo abandona el estado salvaje y se constituye en nacionalidad, apresúrase a codificar la fuerza, regulando su ejercicio. Antes la fuerza era el elemento de lucha de que todos disponían a su antojo; es, luego, patrimonio conferido a unos



pocos, mediante leyes y decretos del Poder, creado y mantenido por la fuerza. Todos los reglamentos y códigos no son más que reconocimientos y sanción de actos de fuerza; la Constitución, su ley suprema. Existen ciertamente diferencias, pero más aparentes que reales: consisten en que cada ley o constitución, código o reglamento reflejan, no el concepto cerrado de la fuerza primitiva, sino aquel otro que cada tiempo elabora para el gobierno del mundo; consisten también en la diferente manera del ejercicio de la fuerza. La suavidad en las formas, el disimulo al exterior, distingue esta época de las precedentes. Ciertamente el señor de horca y cuchillo, de vias y haciendas, no se parece al panzudo burgués de nuestros días que envenena con los productos que fabrica o vende, o mata por avaricia, o sacrifica en el pozo de una mina centenares de existencias con tal de obtener mayores rendimientos. En el fondo, el burgués, como el señor feudal, se amparan en la fuerza. Hoy se llama a ésta Código, Ley, Constitución. El progreso se reduce a la exaltación del barbarismo primitivo a principio de justicia inmutable.

¿Cómo ha escapado a la crítica de la filosofía y de la democracia este hecho evidente?

La tradición sirve de punto de partida al progreso y, naturalmente, si las causas de la injusticia prevalecen, prevalecerá la injusticia también.

Dar a cada uno lo suyo, ¿equivale a instituir una serie de preceptos con arreglo a los cuales pueden morir de hambre millares de personas?

El error es grave. Dicese que el hombre viene al mundo social con derechos y deberes. Mas, ¿no nace en el mundo físico con necesidades que satisfacer?

Por lo menos, en un principio el ejercicio de la fuerza tenía su excusa en la satisfacción de las necesidades. Hoy preténdese escurdirlo en una ficción metafísica, estamos por decirleológica. A fuerza de hablar de derechos y deberes, a fuerza de edificar castillos sobre una preocupación universal, a fuerza de sutilizar sobre la naturaleza de esta preocupación, háse olvidado al hombre como organismo fisiológico, como animal. El ciudadano no es una individualidad orgánica, que siente necesidades reales y efectivas; es un ente de razón producto de elaboraciones extravagantes. ¡Con qué cómica gravedad se habla de los derechos del ciudadano! ¡Con qué huera palabrería se encarece la libertad individual! Los derechos del ciudadano son siempre ilusorios, palabras bien sonantes que acarician el oído engañando al oyente. La libertad es el cebo con que se caza a los incautos o jaula de pájaro hambriento. En el orden político, el Derecho es la consagración de la esclavitud voluntaria: el ciudadano se somete hasta el punto de elegir sus amos. En lo económico, la libertad es la cábala de la servidumbre: el ciudadano, para vivir, ha de someterse al jornal o sufrir la miseria; ni aun le queda la facultad de valorar su trabajo, puesto que si no acomoda al patrón tendrá que cruzarse de brazos. En el social, resumen y compendio de la vida política y económica, el espíritu de casta, todavía poderoso, y la efectiva existencia de clases, son la más completa confirmación de que la fuerza es el único derecho que subsiste a través de los siglos.

## CRITICA SOCIAL

### LA FORMULA 606

No se tema que profanemos el santuario de la ciencia. Estamos ayunos de los conocimientos que son indispensables para penetrar en el templo.

Pero desde la puerta o tan lejos como se quiera, permítasenos decir unas pocas palabras.

El mundo se ha alborozado ante el prodigioso descubrimiento que da en tierra con una de las causas más poderosas de podredumbre social. Y no es para menos. Estamos llenos de cacas, de pestilencias, de lepras. Somos un organismo putrefacto, cubiertos de úlceras, saturado de purulencias repugnantes. Sífilis, tuberculosis, cáncer, endemias y epidemias, trabajan nuestros míserimos huesos y nuestras flácidas carnes. Nos encorvamos tristemente hacia la tierra que ha de recibir nuestros miserables restos.

¡Lucha titánica la de aquellos hombres sabios que disputan a la muerte sus despojos!

Es un éxito, un triunfo colosal, la fórmula 606 que acaba con los estragos de la sífilis. Será otro éxito, otro colosal triunfo el de cualquier otra combinación que ponga coto a la tuberculosis, al cáncer, a la lepra. La ciencia triunfa, triunfará siempre de la corrupción humana.

Pero doloroso es declararlo. Los sabios se esfuerzan en vano. Héroes de lo desconocido, laboran por lo imposible.

Curarán la sífilis, pero los sífilíticos se multiplicarán mañana, como hoy y como ayer. Curarán la tuberculosis, y los tísicos rebotarán en el campo y en la ciudad, siempre igual. Ellos no suprimen ni el mal ni sus causas, y el mal resurgirá siempre porque sus causas persisten. Un remedio cura, pero no previene la dolencia. Aun con las vacunas inmunizantes, la viruela y otras enfermedades análogas continúan haciendo estragos. Todo lo que se ha conseguido es disminuir el número de víctimas, que no es ciertamente poco.

Para que los esfuerzos de los sabios fueran del todo eficaces, sería necesario que paralelamente a su obra humanitaria se cumpliera otra obra de liberación, de justicia, de igualdad. Porque mientras haya hambrientos, habrá tísicos; mientras haya prostitutas y sátiros y monos, habrá sífilíticos. Acaso la fórmula tenga por fruto próximo la pérdida de cierta prudencia que escuda a la juventud y la defiende. Y los que viven de la explotación de la mujer y se mantienen del lupanar y se agazapan en la clandestinidad para acumular riquezas, no dejarán ni ahora ni luego de laborar por la persistencia de males que son su negocio y su vida.



organización seriada de las partes, formarse una gran federación de sociedades autónomas que, comprendiendo en una amplia síntesis la inmensa variedad de la vida social, apiñará a todos los hombres bajo la bandera de una felicidad real y positiva. Detalles de la producción, de la distribución y del consumo, ¿quién duda de que por medio de convenios pueden ser y serán de hecho arreglados? Tal como hoy proceden la industria y el comercio, a pesar de sus deficiencias y de su fondo de privilegio, no puede decirse sino que arreglan sus relaciones por medio de convenios. Las grandes empresas, producto son de contratos más o menos libres. Las asociaciones debidas a la iniciativa privada, como la «Cruz Roja» y la de «Salvamento de Náufagos», no son otra cosa más que ejemplos de aplicación anarquista. El mundo científico arréglase por libres relaciones que no obedecen sino al impulso de comunes necesidades. Una ley reguladora o una autoridad gobernante no son de ninguna utilidad a la ciencia. Cuando, en fin, se trata de acometer cualquier empresa de exploración u otra semejante, apélase al libre concurso de voluntarios y al auxilio de cuantos simpatizan con la idea de los iniciadores. La mayor y más importante parte de la vida general se desenvuelve en virtud de libres acuerdos, lo que constituye la verdadera práctica anarquista.

Y, ¿por qué lo que hay se hace **a pesar** del Gobierno no habría de hacerse si el Gobierno desapareciera?

(Fragmento del libro «Lombroso y los anarquistas».)

en un mundo semibárbaro que se precia de civilizado. No hablemos del orden religioso: nacemos y morimos con la envoltura teológica de la trascendente, somitada la conciencia y la acción a los mandatos y sugerencias de la casta sacerdotal.

Empenado el idealismo político y filosófico, remedo del religioso, en despojarnos de los atributos de la materia, hanos convertido y ha convertido las ideas en sutiles abstracciones que sólo viven en las sublimidades inaccesibles de la mente de un puñado de visionarios. A una noción metafísica del Derecho, corresponde la metafísica noción del ciudadano.

Pero el hombre de carne y hueso subsiste, vive poderoso con la excitación constante de necesidades físicas, morales e intelectuales. En vano que demande satisfacción a los forjadores de leyes y códigos. El Derecho, que es toda la filosofía de éstos, permanecerá insensible, sordo, ciego y mudo ante los alabonazos de la naturaleza. La fisiología de las funciones es una nigromancia para los sabios del clasicismo. El estómago, el corazón, el cerebro, ¿qué les importan?

Ellos no ven, no quieren ver en el hombre un animal que come, siente y piensa. Prefiérenlo ciudadano que vota, obedece y trabaja. Por eso su lógica es la lógica de la propiedad individual, del privilegio político y de la sugestión religiosa. Su mejor argumento es el fusil.

El principio de la recompensa, de donde se deriva el Derecho, es el alfa y omega de la ciencia social. En teoría se remunera el trabajo por el gasto de energía que fa labor representa. Prácticamente, el trabajo es una mercancía cuyo valor oscila a merced de la oferta y la demanda. Si el gasto de energía no está en relación con las necesidades ni el mercado da un precio suficiente a cubrir aquéllas, ¿qué les importa a los teorizantes? La sociedad, según ellos, no debe hacer más que esto: premiar el mérito, pagar el trabajo, asalariar las actividades disponibles. La obra comienza en la escuela. Se estimula a los niños con el hígui de un premio y por temor al castigo; correlación necesaria se llama esta figura. Así, la cuna del hombre se mece de la ambición al miedo. Después se entrega el individuo al jornal, aumentando éste a medida que la máquina humana produce más y mejor. Así, el trabajo no es para el hombre ejercicio saludable por cuyo medio subviene a la satisfacción de necesidades que no se tienen en cuenta, sino el potro donde se prueban sus fuerzas para concederle o no un certificado de bestia. Para aquellos a quienes se supone excepcionalmente dotados, se reserva el incentivo de la ganancia, del tanto por ciento. Comerciantes e industriales cobran el premio de un latrocinio. Ni aun los artistas y los sabios escapan a esta regla. El aplauso público y el favor oficial agradan porque significan una recompensa positiva inmediata. Sin el acicate de la recompensa no habría, según la tesis, niños aplicados, hombres trabajadores, estudiosos, amantes de la belleza y de la ciencia. Parece que la humanidad tiene sobre la tierra el destino fatal de disputar un premio de un **record** sin fin.

Puede suceder y sucede que con tales enseñanzas se pervierta o se destruya la naturaleza del niño y se condene al hombre al sacrificio de su organismo y de su personalidad en holocausto de organismos superiores, individualidades privi-



legiadas que se degradan por la avaricia o perecen por el hartazgo. El amor al trabajo, al estudio, al arte, desviase por la baja de los más ruines sentimientos. Nadie piensa en la natural satisfacción de las necesidades propias y generales, sino en la orgía de las riquezas, en la bacanal de todos los placeres fáciles. El sabio y el artista, lo mismo que el obrero y el niño, se perverten por la corrupción que engendra el estímulo, trasunto de un egoísmo insano que divide a los hombres y los lanza a una guerra sin cuartel donde prevalecen la fuerza y la astucia.

La humanidad se cansa ya de tanta ficción. Comienza a comprender que cuando se le habla del derecho de manifestación, debiera hablarse de la necesidad de manifestarse, que nada ni nadie puede destruir; que cuando se le encarece la libertad de pensamiento y de acción, habría de hablarse de la necesidad imperiosa de pensar y de obrar, que nada ni nadie puede cohibir; que cuando se le canta el derecho al trabajo, el derecho a la vida, con música agradable de sirena, debiera simplemente reconocerse la necesidad de trabajar por la necesidad de vivir. Son funciones fisiológicas respecto de las que la política y la filosofía representen una intrusión. Y no es este un asunto de palabras, sino cuestión honda de la cual las palabras no son más que signos exteriores de divergencia.

El hombre es, ante todo y sobre todo, un animal que come, siente piensa y habla. Como todo ser organizado tiene necesidades que satisfacer; como animal, necesidades físicas; como hombre necesidades morales e intelectuales. Sin el alimento que mantiene en pie al organismo, las necesidades morales e intelectuales no existirían. La necesidad de alimentarse es, pues, para el hombre, el primer mandato imperativo de la naturaleza. De este mandato se derivan los demás, como una cadena sin fin. El trabajo es una necesidad más que satisfacer. Los fisiólogos, que saben mucho que ignoran los políticos y los filósofos, prueban que el ejercicio es una necesidad del cuerpo, hasta el punto de que, para los que desdennan mancharse las delicadas manos con el trabajo material, se ha inventado la gimnasia, los juegos al aire libre, las regatas, las carreras y demás especies de deporte elegante.

¿Qué relación puede establecerse entre las necesidades individuales y las energías gastadas en el trabajo? Juan que es más forzado que Pedro, llevará a éste ventaja en un trabajo de resistencia. Una misma unidad de obra haría Juan mucho más pronto que Pedro y, en una misma unidad de tiempo, realizard el primero mayor cantidad de trabajo que el segundo, lo cual quiere decir que siempre Juan ganará más que Pedro. Pero Pedro, por lo mismo que es más débil, necesitará seguramente mayor y más nutritivo alimento, porque en la relación de las necesidades y de las energías gastadas habrá para él un gran déficit siempre. Luego puede establecerse como regla general que las necesidades están en razón inversa de las fuerzas. ¿Condenaremos a Pedro a perpetua debilidad y a consunción eterna?

Antonio, más hábil que Diego, realizará una obra cualquiera mejor que éste. Pero una mayor habilidad implica la realización más fácil de dicha obra. Entonces, Antonio gastará menos

tario y libre descansa en todas las necesidades fisiológicas, psíquicas y mentales, es de todo punto inconveniente argumentar en falso con la afirmación de que el trabajo es necesidad fisiológica cuando, como hemos visto, esta afirmación se reduce al ejercicio muscular y mental que, sin duda, puede ser ejecutado sin provecho para el individuo y para la comunidad, aun cuando al individual organismo acomode y plazca.

La mayor o menor facilidad en resolver un problema depende en gran parte de la forma en que se plantea, de los elementos suministrados para el cálculo. Así, la demostración de la practicabilidad de una doctrina corresponde a la manera más o menos fundada de establecer sus elementos lógicos.

Reducida la cuestión a sus verdaderos y más sencillos términos, es siempre fácil resolverla si la razón y la experiencia abonan la solución propuesta.

Tal es, en mi concepto, el medio adecuado para demostrar la posibilidad del trabajo voluntario, sin apelaciones a principios no bien fundados.

(La Revista Blanca, n.º 25, Madrid 1 Julio 1899.)

## SIGNIFICACION PRACTICA DEL ANARQUISMO

El anarquismo, prácticamente, no es más que esto: arreglo de todos los asuntos por medio de pactos libres. Nada de deliberaciones y decretos de la multitud. Nada de abdicaciones ni de representantes privilegiados, investidos de facultades legislativas. Que el pueblo proceda por sí mismo a la organización de la vida social. Que cada uno ponga manos a la obra, juntándose con aquellos que persigan idénticos fines. Que las asociaciones libremente formadas, libremente se concierten para la común empresa. La organización futura, la organización anarquista, no será un producto forzado de un plan preconcebido, sino una resultante de los acuerdos parciales de los individuos y de los grupos, según las circunstancias y la capacidad del pueblo en el momento. Preferible a una administración que distribuya caprichosamente los productos, es que la distribución se haga por el libre acuerdo de las colectividades de productores. Preferible a una reglamentación oficial del trabajo, es que los mismos trabajadores lo organicen conforme a sus necesidades, sus aptitudes y sus gustos. Preferible a que un poder central, llámese o no Gobierno, organice el cambio con arreglo a cálculos imposibles y menos equitativo, es que los mismos productores, consumidores a la vez, produzcan y cambien con sujeción a sus propios convenios. La masa total del pueblo entiende de todo esto más, mucho más, que cualquier delegación, por buena y sabia que sea.

Una vez puesta la riqueza a disposición de todo el mundo para producir, para cambiar y para consumir, la necesidad de un concierto general se impone por ley de naturaleza. Los productores se agruparán en sociedades diversas, dedicadas unas a la producción de los alimentos, a la de los vestidos otras, a la de las viviendas esotras. Los grupos a su vez se relacionarán entre sí formando asociaciones de grupos según sus más inmediatas necesidades y sus comunes intereses; y así, por esta



al parecer por pasatiempo también, pero respondiendo de hecho a las mismas necesidades del primero. Pues para este segundo sujeto es útil el ejercicio que ejecuta y lo es asimismo para sus semejantes; útil para él fisiológica y económicamente; productivo para él y para los demás hombres. En este caso hay ejercicio y hay trabajo.

Es pues, el trabajo un modo especial de la actividad como ya queda dicho; es una determinada clase de ejercicio; pero no es toda la actividad ni todo el ejercicio. Se puede hacer ejercicio muscular y mental sin trabajar, en el sentido social y económico de la palabra, y, por consiguiente, puede asimismo satisfacer la necesidad fisiológica del ejercicio mental y corporal sin trabajar.

La conclusión es terminante y precisa. Contestar que en una sociedad libre todo el mundo trabajará, porque el trabajo es necesidad fisiológica de la que nadie se puede excusar, equivale a sustituir una incógnita por otra en el problema, dejando la cuestión en pie y conduciendo los razonamientos del común de las gentes a la negación de la posibilidad del trabajo libre. Cualquiera podrá replicar que muchos satisfarán la incuestionable necesidad de ejercicio en diversiones y pasatiempos inútiles por lo improductivos.

En mi opinión, no es la necesidad fisiológica del ejercicio muscular y mental la que hace posible el trabajo voluntario. Es más bien la necesidad poderosísima de alimentarse, de vestirse, de abrigarse; es la necesidad de **vivir** la que nos induce a trabajar, es decir, la que nos dirige al ejercicio útil, la que nos obliga a emplear nuestra actividad en vista de un fin común por beneficio propio y ajeno. Sin el acicate de estas necesidades, la actividad humana marcharía sin rumbo y sin objeto positivo en el orden social y económico de la existencia. Tal ocurre a las clases aristocráticas y adineradas. Prevista de antemano la satisfacción de las necesidades primordiales, malgastan su actividad en juegos y vicios que fomenta la holganza.

Pero en una sociedad libre, donde todos los individuos se hallaran en condiciones de igualdad económica, donde la riqueza no fuera el patrimonio de unos cuantos, sino de todos, ¿sería de temer que la mayor parte de los hombres no quisiera trabajar voluntariamente? Yo digo que no, sin necesidad de afirmar que trabajarían, porque es necesidad fisiológica el trabajo. Trabajarían voluntariamente, porque tendrían necesidad de comer, de vestirse, de leer, de pintar, etc..., y los medios de satisfacer todas estas necesidades no les serían dados gratuitamente por ninguna Providencia de nuevo cuño.

Se me dirá que resulta entonces, en fin de cuentas, que el trabajo es necesario para vivir. Si lo es, sin duda alguna; es necesario individual y socialmente, como derivación de las necesidades fundamentales de alimentarse, vestirse, etc... Es, no obstante, una necesidad de segundo orden para el organismo, no sentida mecánicamente; una necesidad de la que el individuo se da cuenta después de una operación analítica provocada por el hecho de la convivencia en sociedad; mientras que las otras necesidades son **primeras**, son las que nos conducen a la socialidad, y, por tanto, al trabajo y a la comunidad.

Por esto mismo, porque la razón positiva del trabajo volun-

energías, trabajará menos que Diego en una misma unidad de producción. Así Antonio se hallará en el caso de restaurar una menor cantidad de energía gastada. Pero, según la teoría, ganará más que Diego. Luego, cualesquiera que sean las necesidades de uno y otro, se paga más al que menos fuerzas gasta. Luego, también, la retribución del trabajo está en relación inversa de la energía gastada, y como las necesidades guardan idéntica relación con las fuerzas, debemos establecer que se paga mejor al que menos necesidades tiene.

Rosendo, que es más inteligente que Joaquín, aprenderá más pronto que éste cualquier lección o cualquier faena. Luego, Joaquín, para aprender lo mismo que Rosendo, tendrá que hacer un mayor esfuerzo intelectual. En suma: Joaquín gastará más fuerza, más energía; tendrá, por tanto, necesidad de reponer una mayor cantidad de fuerza empleada, a fin de devolver a su organismo el equilibrio. Pero, según las dos leyes anteriormente deducidas, Joaquín dispondrá de menos elementos para satisfacer sus necesidades, para reponer sus fuerzas quebrantadas. Luego, finalmente, se condena a Joaquín a creciente incapacidad fisiológica y a progresiva miseria económica.

Resultado: que el principio de la recompensa no estimula ni al más fuerte, ni al más hábil, ni al más inteligente; pero sí reduce a impotencia absoluta y miseria perpetua al débil, al inhábil y al torpe. Si para los primeros es fácil obtener un buen premio, es claro que la promesa de éste no les estimula. Si para los segundos es casi imposible conseguir el mismo premio, y de hecho lo obtienen cada vez menor, es evidente que se les empuja a la desesperación y al suicidio. Se paga, se nos dirá, la aptitud, se retribuye el mérito, se recompensa la inteligencia. Y bien: una mayor aptitud, una mayor disposición para el trabajo, significa siempre menor gasto de energía; por tanto, menos necesidades que satisfacer. Organismos más ricos en propiedades vitales aquéllos, mántiense más fácilmente que éstos. Dar más al que menos necesita equivale a colocar lo superfluo al lado de la miseria, en constante oposición.

¿Qué papel desempeña en esta tremenda antinomia una noción cualquiera del Derecho?

Toda la filosofía idealista se derrumba ante observaciones tan elementales. Ciencia que olvide que el hombre es un animal con necesidades físicas, morales e intelectuales, vendrá forzosamente a tierra. Juristas y abogados, filósofos y políticos, necesitan unas cuantas lecciones de fisiología.

Cualquiera organización social, para ser duradera y equitativa, ha de descansar en el reconocimiento de las necesidades individuales y ha de tener por objeto su mejor y más fácil satisfacción. Organizar el trabajo es igual a organizar los medios de satisfacer debidamente las necesidades generales. De aquí resulta que la organización de la sociedad se reduce a la del trabajo y la distribución. Los infinitos modos de arribar a este organismo que produce distribuye y consume, son el objeto de la sociología, nueva ciencia que nace por oposición al empirismo rutinaria de la economía política. En vez de historiar los hechos cantando himnos de trunfo al capitalismo y a la explotación, tratase hoy de indagar las leyes naturales que rigen el funcionalismo social, cual es la tendencia de la evolución económica y cómo



se conquistará más rápida y seguramente el bienestar. No se estudia lo que **es** sino para llegar a lo que debiera ser o, más propiamente, a lo que **será**. El mundo actual desmoronase bajo los ciertos golpes de la crítica. El mundo del porvenir asoma en el horizonte sensible del positivismo científico. Nadie más que los polícastros se ocupa ya de la organización de los poderes y de la reglamentación de la vida social. La investigación va por senderos más despejados. Inquírese afanosamente la forma de organizar la solidaridad humana, haciéndola efectiva. Necesidades que satisfacer, funciones que desempeñar, relaciones muchas que convenir, propendiendo abiertamente a la libertad total del individuo y a la igualdad de las condiciones, son los verdaderos términos del problema que preocupa a la generación presente. Y en orden tal de ideas novísimas y de aspiraciones generosas, la jerga político-filosófica de los derechos y deberes, el aquelarre de las leyes civiles, la grave y sesuda jurisprudencia y el arrogante militarismo quedan descartados por inútiles y por rancios.

El sacerdote, el soldado, el magistrado, el capitalista y el gobernante han sido arrinconados al par que la rutina de pretendidas ciencias. La ciencia nueva ocupase preferentemente del pueblo en general y de sus necesidades y demandas. Ella no dice ni dirá tal vez en mucho tiempo cómo y en qué forma un próximo porvenir realizará la Justicia. La experiencia, por un proceso de selección, irá determinando la forma o formas más equitativas del desenvolvimiento del bello y positivo ideal que implica una amplia satisfacción de las necesidades generales. Nadie intenta ya forjar el mañana con arreglo a moldes de exclusiva invención, porque se ha comprendido que la humanidad no se ha conformado, no se conforma, no se conformará jamás a los caprichos de los inventores de sistemas sociales. Los decretos lanzados a la posteridad son como burbujas de jabón que se disipan en el aire.

Retrotraer el mundo a las condiciones regulares de un funcionalismo natural es, probablemente, la verdadera solución del problema, ya que todos los artificios han fracasado. El régimen gubernamental, absoluto o parlamentario, personal o colectivo, no puede dar de sí más que la pantomima de la libertad civil y la caricatura de la igualdad, al par que una anacrónica noción de la Justicia arrancada al principio de la recompensa. Por otra parte, el comunismo tradicional, lo mismo que la servidumbre y el proletariado, no produce ni producirán otra cosa que la miseria organizada.

A pesar de todo, los hombres **superiores** continuarán la cantinela de nuestros derechos y deberes, más atentos, de seguro, a éstos que a aquéllos. Poco importa que todo cuanto se deriva del Derecho no haya logrado aumentar en una parte infinitamente pequeña el bienestar de los pueblos; nada dice a los sentidos que no haya hecho más que poner impedimentos a una regular satisfacción de las generales necesidades. Gobernados por la teología primero, por la política después, se nos ha olvidado como hombres para esclavizarnos como bestias. La representación gráfica del Derecho es el látigo empuñado por un capataz de ingenio.

Continúen los hombres **superiores** su letanía. Rezan en el

desierto, predican para sordos, pues que nadie les escucha. De nuestra parte, sacudiendo toda pretensión inferioridad, reprobamos obediencia a las leyes físicas que la ley civil desconoce; pretendemos reintegrarnos a la naturaleza anulada por el arteificio gubernamental; tratamos de restituirnos a la Justicia por la libertad de acción más completa y la más plena igualdad de condiciones económicas para la vida. Seres dotados de órganos adecuados a funciones físicas, morales e intelectuales, reclamamos la independencia total de nuestra personalidad, condición indispensable a la integración de sus elementos constituyentes. Romperemos todas las ligaduras que nos atan y seremos, después de un largo cautiverio como esclavos, **hombres** en la plenitud de sus facultades.

(Ciencia Social, Barcelona, 1895.)

## EL TRABAJO, ¿ES UNA NECESIDAD FISIOLÓGICA?

No me propongo hacer ahora detenido de esta cuestión. Limitaré a exponer algunos razonamientos que pueden servir de punto de partida para un más profundo análisis del problema.

A las objeciones que los autoritarios hacen a la practicabilidad de las ideas anarquistas y, sobre todo, a la afirmación del trabajo voluntario en una sociedad libremente organizada, replíquese generalmente que, siendo el trabajo necesidad fisiológica para el individuo, todos trabajarán voluntaria y espontáneamente, supuestas las condiciones de igualdad y solidaridad entre los hombres.

La réplica en tales términos hecha contiene una petición de principio: ¿Es el trabajo necesidad fisiológica?

Modo de actividad es el trabajo. El individuo, en su estado normal, es necesariamente activo porque el ejercicio se deriva inmediatamente de órganos y de músculos. Es, por tanto, el ejercicio necesidad fisiológica a la que nadie puede escapar. Pero el trabajo no es el ejercicio propiamente dicho, no es el ejercicio en su sentido genérico, sino una determinada y bien definida especie de ejercicio en vista de un fin dado. El trabajo es el ejercicio útil. Útil, entendiéndose, no sólo para el sujeto que lo ejecuta, sino también para sus semejantes; útil para aquél en lo que afecta a su organismo por la satisfacción de la necesidad de ejercicio, y útil también por lo que atañe a la economía individual y social, a la alimentación, al abrigo, al vestido, etc... Porque el ejercicio, en general, puede career de la condición de utilidad fuera del beneficio fisiológico del individuo que lo ejecuta, y en esto precisamente se diferencia del trabajo propiamente dicho. Un individuo cualquiera emplea sus energías, su actividad, en la gimnasia, en ejercicios atléticos, en el deporte hípico o velocipedico, en la caza, etc... Lo hace, al parecer, por recreo y pasatiempo; responde de hecho a necesidades fuertemente sentidas. Para él, pues, útil este ejercicio; pero resulta, bajo el punto de vista social y económico, improductivo para los demás y para sí mismo. En este caso, el sujeto en cuestión hace ejercicio, pero no trabaja.

Otro individuo, por el contrario, aun sin necesidad de ello por su posición en la sociedad, dedica su actividad a la producción de artefactos cualesquiera, o bien cultiva su huerto,



aventuraría a decir que el estado del mundo habría sido entonces peor que el de hoy?

Existen aun otras posibilidades. En vez de confiar la educación de los niños a organizaciones burocráticas divorciadas del interés principal de la vida, podríamos haber fomentado el sistema de aprendizaje y haber hecho de la educación una preparación para la vocación; los doctores enseñando algunos niños, los abogados a otros, los ingenieros a otros, los tejedores y los mineros a otros. Cada gremio o sindicato habría acogido a sus futuros aprendices desde el principio, más a menos como aun ahora, algunas órdenes religiosas vigilan la educación desde los primeros años de aquellos niños destinados a ser novicios. En vez de estas y otras posibilidades, nosotros hemos establecido sistemas de educación «nacionales» o de «Estado». En algunos países, Inglaterra entre ellos, todavía existen unas cuantas escuelas que se las arreglan para vivir fuera de la órbita oficial, pero al menos, como algunas de las llamadas «escuelas públicas», que están dotadas ricamente, tienen que reñir una batalla perdida contra la creciente omnipresencia y eficiencia de las escuelas del Estado.

No vale la pena describir este sistema, porque todos nosotros tenemos experiencia de lo que es. Pero poca gente se da cuenta de sus peligros. Estos son de dos naturalezas distintas.

El primero de estos peligros fué expuesto por Godwin, y no puedo hacer nada mejor que repetir su advertencia:

«El proyecto de una educación nacional debería ser desechado a su obvia alianza con el gobierno nacional. Esta es una unión de una naturaleza más formidable que la vieja y más disputada alianza de Iglesia y Estado. Antes de poner tan poderosa máquina bajo la dirección de agentes tan ambiguos, nos atañe a nosotros el considerar bien qué es lo que vamos a hacer. El gobierno no titubeará en emplearla en reforzar su posición y perpetuar sus instituciones. Si pudiéramos imaginarnos a los agentes del gobierno proponerse a sí mismos un fin apto de aparecer a sus ojos no meramente simple sino meritorio, el mal aun tendría lugar. Sus ideas como institutores de un sistema de educación no dejarán de ser análogas a sus ideas en su capacidad política: los datos sobre su conducta de hombres de Estado serán los mismos sobre los que sus instrucciones están fundadas. No es verdad que nuestra juventud debería ser instruida para venerar la constitución por muy buena que sea; ella debe ser instruida para venerar la verdad y a la constitución solamente en tanto ésta correspondiese con sus deducciones libres de la verdad. Si se hubiese adoptado un esquema de educación nacional cuando el despotismo se hallaba en su mayor apogeo, no debe pensarse que éste hubiese podido ahogar la voz de la razón para siempre. Pero podría haber sido el más formidable, y profunda invención para ese fin que la imaginación pueda dar de sí. Todavía, en países donde mayormente prevalece la libertad, es lógico pensar que aun existen errores de gran importancia, y una educación nacional posee las tendencias más directas para perpetuar esos errores y formar todos los cerebros sobre un mismo modelo.» («Political Justice», Godwin).

Es difícil pensar que este pasaje fué escrito hace más de 150 años, antes del desarrollo de los Estados nacionales de Francia y de Alemania, y antes de la institución de los regímenes totalitarios, que acostumbran a obrar de la forma que Godwin temía de su sistema de educación. Nosotros, en Gran Bretaña, hemos intentado crear ciertas defensas, tales como administradores o superintendentes de escuela y autoridades docentes locales, pero estos organismos van perdiendo

poco a poco su independencia y la nueva Ley de Educación anula virtualmente sus poderes. Aquí como en cualquiera otra parte, un sistema de educación nacional ha llegado a ser potencialmente un sistema de propaganda nacional ideado para inculcar ciertas actitudes y creencias que no «pueden» estar de acuerdo con nuestras libres deducciones de la verdad. El nacionalsocialismo en Alemania, con su brutal tergiversación de la verdad y de los hechos históricos, no hubieran sobrevivido tan largo tiempo si el Gobierno no hubiese utilizado el sistema nacional de educación para la diseminación de las doctrinas del partido. Lo mismo podemos decir del nacionalcomunismo establecido en Rusia. Regularizar y nacionalizar los instrumentos de educación es simplemente convertir estos instrumentos en armas de dictadura.

Otra tacha del sistema de educación nacional es más bien psicológica que política. El género humano por naturaleza está dividido en muchos tipos y forzar todos estos tipos hacia un mismo molde tiene que conducir inevitablemente al desviamiento y represión. Las escuelas deberían ser de diferentes naturalezas, siguiendo diferentes métodos y preparando para distintas disposiciones. Podrá argüirse que incluso un Estado totalitario debe de reconocer este principio, pero la verdad es que la diferenciación es un proceso orgánico; la asociación espontánea de los individuos para un fin particular. Dividir y disociar no es lo mismo que unir y asociar, es el proceso opuesto. Toda la estructura de la educación, como el proceso natural que hemos examinado, se hace pedazos si intentamos hacer este edificio racional o artificial (\*).

Al igual que la vida misma, la animal así como la humana, la educación debe seguir un principio de consistencia orgánica: debemos «dar paso» a las verdaderas unidades, y de la agrupación natural de estas unidades alrededor de las realidades biológicas y de las actividades prácticas del hombre, surgirán instituciones sanas y libres. Entre estas encontraremos instituciones en las que los niños puedan madurar el principio de desarrollo innato en cada uno de ellos mientras que al mismo tiempo son iniciados en la camaradería de sus íntimos.

HERBERT READ

(Continuará.)

(\*) Tal organización «racional» es propuesta en la nueva Ley de Educación. La división de las escuelas secundarias en tres tipos: escuela de enseñanza media, técnica y moderna, representa categorías artificiales basadas en «aptitudes» determinadas por un precipitado examen que tiene lugar a la edad prematura de 10 a 11 años. Subsecuentes intercambios entre estas categorías son legalmente posibles pero administrativamente difíciles y por tanto inverosímiles. La articulación aquí propuesta es regional o local, siendo las unidades más pequeñas las escuelas guarderías, muchas de las cuales comprenden una escuela primaria, las cuales a su vez, varias de ellas comprenden una escuela de segunda enseñanza; las escuelas crecen a medida que ellas hacen preparativos para grupos de una mayor edad y para un área más extensa, pero permaneciendo siempre «multilateral» en su plan de estudios. Sólo en este sentido podemos esperar retener ese intercambio dialéctico las diversas disposiciones que es la base de una formación de carácter natural. La división profesional de niños de «similar disposición», desde la edad de once años en adelante, sólo puede conducir a la idiotéz intelectual y a la apatía social. Los pájaros de un mismo plumaje se agrupan, pero lo que se nos propone ahora por nuestros gobernantes es que éstos deben ser enjaulados todos juntos.



## DIAGRAMA

# CONSECUENCIAS DE LA OPERACION IVY



UNA guerra espantosa está teniendo lugar en este mundo que habitamos. Es una guerra «concentracinaria»; un conflicto bélico de «gabinete», cuya potencia real se mide por megatones. Un megatón es una fuerza comparable a un millón de toneladas TNT. De vez en cuando aparece algún «boletín» lacónico acerca de la «marcha de operaciones» de esta guerra. Hace unas semanas se publicó —lo conocemos en extractos— un libro titulado «La bomba de Hidrógeno», original de los periodistas J. R. Shepley y Clay Blair Jr., en él se dice o revela que: «... por casualidad y casi por milagro, los Estados Unidos alcanzaron y rebasaron a los soviéticos que produjeron la explosión de una bomba de hidrógeno que podía lanzarse desde el aire, seis meses antes que los Estados Unidos hicieran otro tanto...» El párrafo que antecede es evidencia trágica de esa guerra silenciosa y letal; de ahí que la llamemos concentracionaria. Su aparición en los estadios activos de la vida humana sería anonadante, por no decir atterradoramente disgregante.

Por ello, las pruebas de hidrógeno efectuadas, con diferencia de pocos meses, en taigas siberianas y las caliginosas aguas de un anillo coralífero del Pacífico por unidades especiales de la U.R.S.S. y de los EE. UU., mueven a las conciencias libres a pensar en soluciones imperativas. En efecto, la liberación termónuclear tiene todas las consecuencias de un aviso «de fuerza» hacia los otros conglomerados humanos. Aparentemente todos los conceptos ideológicos, todas las situaciones de una lógica justiciera quedan subordinadas a una nueva «razón de estado», terrible, inexorable. En consecuencia, el curso de la historia ha cambiado: se ha iniciado la nueva era termónuclear. ¿Qué determinaciones debe adoptar la Humanidad? Sólo quedan, como en todas las encrucijadas de la historia, dos caminos: resignación fatalista, con el total castramiento de la individualidad humana y una nueva y aplastante aceptación de la «razón de estado» o, por el contrario, la adopción de medidas valientes para detener el suicidio del mundo.

No cabe duda que las mentes despiertas reaccionarán por el segundo camino enunciado. No está todo perdido. El intelecto y su sensibilidad no deben ceder ante el colosal progreso de la física nuclear. Hoy más que nunca hay que indicar a los hombres la necesidad de una valoración de caminos y conductas a seguir. El ascenso de las razones técnicas y el declive de las humanas, debe detenerse y ser superado. Consecuencia de ello, es la sobrevaloración de desviaciones «prácticas» y la subestimación de los principios ideológicos, como ha sucedido en distintas ramas de la sociología, al tiempo que aparece cierto incremento religioso, que recuerda el miedo del hombre primitivo

a los elementos naturales no descifrados y que sobrecogían su ánimo ignorante, haciéndole elucubrar, forjando dioses terribles, astutos, omnipotentes. Debemos, pues, en resumidas cuentas, enfrentarnos a las consecuencias de una posición absurda que supedita la inteligencia a la fuerza.

La lucha del hombre ha sido, en sus etapas más desarrolladas, un constante oponer a la fuerza la lógica del razonamiento. Este cuadro no ha cambiado. Ante el poderío de las nuevas armas, debe levantarse la comuna humana y al oponerse, indicar que la razón moral, en su más alta faceta, debe imponerse a los gigantes que jueguen con la muerte.

No puede haber impasibilidad, porque las saetas de la historia que, antes registraban los acontecimientos por años, hoy los señalan con diferencia de segundos.

Rusia patrocina una campaña «Pro-Paz» pero inicia una desenfrenada carrera atómica e hidrógena. Hace unas semanas Radio Moscú confirmó el estallido de un dispositivo hidrógeno; esta explosión había sido señalada con antelación por los sabios japoneses que, justificadamente alarmados, desde la invasión de cenizas radioactivas en marzo último de su archipiélago a efectos de la explosión de la Bomba H en Eniwetok, vigilan celosamente la atmósfera, analizándola de continuo. Vemos pues que la campaña «pro-paz soviética» es una campaña preventiva cuyo horrible escenario tiene por marco la desolación de Kamchatka.

Estados Unidos, por su parte, incrementa el poderío atómico. Y ambos —U.R.S.S. y EE. UU.— basan su estrategia global a base de un lanzamiento a «voleo» de las terribles armas destructivas. Por otra parte ambas aducen desinterés y altruismo y ambas luchan por «la paz»; los dos amenazan, compran u obtienen sus respectivas «esferas de influencia».

Supongamos que las dos naciones tienen razón en afirmar que no usarán esas armas para destruir el mundo; que los gobiernos que actualmente rigen los destinos de esas potencias obran de buena fé. Pero si suponemos todo eso, también tendremos derecho a preguntar: ¿Y después...? ¿Y si cambian las «razones de estado» actuales?... ¿Tendremos siempre, los hombres que habitamos el resto del globo terráqueo que aceptar «la buena fé» de los gobernantes de la U.R.S.S. y de los Estados Unidos?

Hemos vistos en estos días el film acerca de la «Operación Ivy». El gobierno de los EE. UU. accedió a distribuir la película referente al bombardeo termónuclear a un islote del grupo de las Islas Marshall, en el Pacífico. El film —pese a que está debidamente censurado— es lo suficientemente aleccionador para que el espectador salga horrorizado al contemplar visualmente, las posibilidades destructivas del temible



artefacto. Ciudades —incluso del tamaño de Nueva York— quedarían mortalmente aplastadas en un santiamén. Es de suponerse que en el interior del Kremlin se habrá exhibido algún film que haya registrado gráficamente el cambio radical de alguna región siberiana, otrora cubierta por el silencio de la taiga y hollada por el leve paso del reno y otras criaturas de esas remotas regiones.

Por otra parte el anuncio de la posesión, por parte de los Estados Unidos de una «super-gigante entre las bombas atómicas» sigue alimentando el horror de la mente humana. Se describe este artefacto como poseedor de una fuerza explosiva de casi 45 millones de toneladas T.N.T. Su poder destructor es tan grande, que se acerca al límite de las armas termonucleares. A saber: 45 megatones o sea 2.400 veces la fuerza del proyectil que destruyó Hiroshima. La bomba iba a ser lanzada en Eniwetok pero la tragedia ocurrida con una lancha de pescadores japonesa rociada por las cenizas radioactivas de otra de las bombas, y que ha conducido a la muerte a uno de sus tripulantes, obligó al Departamento de Defensa a suspender esta prueba, hasta que se pueda contar con una esfera de «amortiguamiento» mayor en el Pacífico Central. Las bombas probadas hasta ahora han sido de una potencia equivalente a 15 megatones. Pero existe un peligro mayor; lo intuye el Profesor Harold C. Urey cuando al comentar la situación a que puede conducirnos la carrera atómica exclama en un artículo titulado: «¿De qué se trata en último término?» El advenimiento de la bomba atómica ha originado todo género de confusiones en el pensamiento del hombre y el sobresalto se extiende a medida que los pueblos van comprendiendo las posibles derivaciones del arma... No hay defensa posible contra ella. Su poder material de destrucción va más allá de los límites de toda comprensión. El temor a la energía atómica destruirá nuestras libertades. Tomar la ofensiva y tratar de subyugar al resto del mundo comprometería nuestra existencia y la de las generaciones venideras. «El señor Urey que contribuyó al descubrimiento de la fisión nuclear (por ironía Premio Nobel de Química 1934), integró desde junio de 1940 la Comisión del Uranio, y a partir de entonces trabajó en las investigaciones tendientes a lograr la separación del U-235 por medio de procedimientos de difusión gaseosa (estos experimentos fueron llevados a cabo en la Universidad de Columbia) y concluye su trabajo, del que tomamos los párrafos anteriormente transcritos, en forma pesimista: «En último término, se trata de la realidad más peligrosa que la humanidad haya enfrentado jamás en su historia.» Desde que se escribió en 1946 «Un Mundo o Ninguno» (One World or None) acerca del problema atómico y en el cual colaboraron el mencionado Urey, Compton, Niels Bohr Jr., Oppenheimer, E. U. Condon, Albert Einstein, Frederick Seitz, Hans A. Bethe, Irving Langmuir y otros hombres de ciencia, así como el general Arnold (de las fuerzas aéreas estadounidenses), el periodista Lippmann, se han pergeñado gran número de cuartillas tendientes a lograr fijar la posición humana ante el problema de la fisión nuclear. Se arguye que ella puede constituir el más revolucionario de los adelantos humanos, simplificando las labores del hombre, por su caudal inagotable de potencia, pero el «quid» de la cuestión está todavía por contestar: ¿Podrá el hombre contener sus impulsos como «Estado» y no emplear esta arma contra otra comunidad humana?... Y es en la contestación donde surge con pristina claridad la enorme justeza del ideal anarquista, tildado de caótico por los salvajes civilizados. De ahí que nuestra posición como libre-pensadores dentro del concierto humano sea definitivamente contraria a todas las tendencias concen-

tradas en las potencias que detentan el poder atómico. ¿Cómo podemos detener el suicidio mundial? Conteniendo la depresión moral creada por la flojedad de las concepciones político-religiosas que prevalecen en el mundo actual. ¿Cómo lograrlo? Mediante razonamientos y no nos cansaremos de razonar que un organismo admirablemente dotado —como es el humano— debe de rechazar —como solución— la guerra bajo el pretexto de solución «preventiva». Los mismos creadores de la Bomba H han reaccionado en este sentido. Y la guerra se ha detenido mediante el terror mutuo.

En el terreno internacional y refiriéndonos a España, donde, según todas las presunciones van a instalarse reductos atómicos, debemos aclarar posiciones (por si hubiera algún confusiónismo al respecto). Somos enemigos de la posición marxista-estatal de Rusia, pero rechazamos contundentemente la tesis del «bien primario para la defensa de la civilización» con que los Estados Unidos han pactado con Franco, ese bandido y criminal que subyuga y empavorece a España. Para los Estados Unidos la situación de ergastula que priva en los 250.000 km<sup>2</sup> que son España parece importarles menos que la situación estratégica que obtiene frente a Rusia. Y ello estuviera bien razonado en términos físicos simples, pues ¿qué podría significar la posición del pueblo español, ante los supremos intereses del mundo, en previsión de un ataque artero por parte de Rusia? A ello deberemos de oponer estas frases de Bakunin acerca del bien y del mal: «El exceso del bien, o de lo que así se llama, ¿puede a su vez producir el mal? Sí, cuando se impone como ley despótica y absoluta, sea religiosa, doctrinal, filosófica, política, jurídica, social o como ley patriarcal de familia en una palabra, cuando todo bien se impone a un individuo como la negación de la libertad y no es producto de ésta. Pero entonces la rebelión contra el bien así impuesto, no sólo es natural, sino legítima: lejos de ser un mal es un bien; porque no hay bien fuera de la libertad y ésta es la fuente y condición absoluta de todo bien, digno verdaderamente de este nombre, pues el BIEN NO ES MAS QUE LA LIBERTAD.» Entiendo que, en estos párrafos ha quedado magistralmente centrada la reacción de los libertarios españoles ante la absurda posición adoptada por los Estados Unidos al fortalecer un régimen oprobioso. Y es que las ideas no solo son basamento espiritual sino físico y, ¿qué fuerza puede tener una idea democrática que se sostiene, en componendas inadmisibles, con una dictadura de corte nazi, fascista y clerical-dogmática? Por eso nuestro rechazo de las «razones de Estado» y de la «buena fé». Todo es falso; todo hipócrita. Lo real: dos potencias listas para aniquilarse, pero que temen hacerlo por las consecuencias que pudiera acarrear una acción ofensiva de parte de una de ellas, en la otra. Por eso la forma tan descarada de tomar posiciones que, se declara sin ambages: son «preventivas».

Hoy —más que nunca— en el declive que puede conducir al desastre debemos pedir, gritar, si necesario fuere, la prostricción de todas las «operaciones Ivy». No subestimar los principios ideológicos revolucionarios por medidas «prácticas». El hombre es muy importante —como célula activa— para destruirlo, mimetizarlo, disgregarlo, anularlo. Creemos que el terror paralizará por un tiempo la palanca de la destrucción. En ese tiempo es necesario indicar al mundo las consecuencias desastrosas que pueden ocurrir —como siempre ha ocurrido— si se decide adoptar una posición destructiva, en nombre de, otra más, ésta tal vez fuera la última, «razón de estado».

Adolfo HERNANDEZ



# LA REBELION DE ESPARTACO

En un libro publicado en lengua alemana, cuya traducción no ha sido hecha, Max Nettlau habla en estos términos del período que siguió inmediatamente a la civilización griega:

«Después de apogeo de la antigüedad griega —época del desenvolvimiento de las ideas libertarias de los estoicos— la autoridad reinó en diferentes formas. A la dictadura pasajera de los reyes de Macedonia sucedió la dictadura de hierro de Roma, más duradera, y que también se hundió cuando se desvaneció el sueño cesareo. Mientras tanto, el misticismo oriental oscurecía los espíritus y gracias a uno de sus vástagos, que se presentó al mundo con modales democráticos, hasta democráticos —el cristianismo— logró ejercer sobre el desarrollo intelectual y moral de la humanidad un imperio que aun dura. Todos los gobiernos se han aprovechado del estado de minoría, de inferioridad espiritual, ignorancia y fanatismo que es el patrimonio de la humanidad actual. Las mejores disposiciones originales de los pueblos que tomaban un lugar en la historia de veían contrariadas y desviadas desde que entraban en contacto con la política de Roma, con la autoridad espiritual y la corrupción que producía. De ahí la serie ininterrumpida de guerras y de intrigas llevadas por los Estados europeos, en que cada uno se esfuerza en remedar a Roma y es el enemigo de todos los otros. Las fuerzas opositoras, las fuerzas de la libertad, no pudieron cambiar nada. Sólo representaban un pequeño arroyo en relación al gran río de la autoridad, siempre presto a crecer con la sangre de los pueblos, mientras que la libertad sólo puede contar con pequeñas minorías, prestas sin embargo a sacrificarle su ser y sus haberes.

«Las rebeliones de orden social revistieron numerosas formas. Descubrimos la forma autoritaria en los combates políticos y sociales de los plebeyos en tiempos de Marius, de los gracos, de los catilinas, cuando la rebelión de Espartaco. En el comunismo de los primeros elementos cristianos y del monarquismo, que le sucedió, encontramos la resignación y la servidumbre espiritual. En el sectarismo religioso de los heréticos de toda clase, descubrimos un fanatismo doctrinario que los habría conducido, si hubieran tenido la posibilidad, a ser también ellos perseguidores. En el espíritu de muchos quiliastas, creyentes en el retorno de Cristo, en el milenium —durante los mil años en los cuales la justicia reinaría en la tierra— existe mucha agitación y confusión, como la había sobre la lasitud del mundo, del cansancio de la vida entre los primeros cristianos buscando a realizar su ideal de un modo cualquiera —muy a menudo por el comunismo de los bienes en el interior de las agrupaciones. Todas estas manifestaciones no tendían hacia la libertad, su fanatismo impulsándoles a la supresión de la libertad ajena. He aquí porque un Julián, el apóstol, volviéndose hacia la libertad espiritual de los griegos los hizo fracasar por un momento.

Es excelentemente situar la mentalidad de los hom-

bres que vivieron durante los primeros siglos de la era cristiana o un poco tiempo antes. De los que, de todos modos, se encontraron frente al poder y cuya acción fué lejos de ser estéril.

No separar el «buen grano de la zizania» —y Max Nettlau no ha hecho otra cosa a lo largo de su libro— teniendo en cuenta el grado de evolución humana en cada período de la historia, sería cometer una injusticia, y aun una incompreensión, hacia los indomables que resistían a menudo sin esperanza, a la fuerza brutal, poco tierna para los sutiles razonamientos y la pacífica filosofía, aun si debieron emplear a veces métodos similares. Entrar en conflicto con la autoridad establecida, y sobre todo obstinarse en su actitud, a pesar de las persecuciones más crueles, clasifican a los hombres que de tal manera se arriesgaron, entre los intransigentes en materia de libertad y nos inspiran simpatía.

Con Espartaco, la resistencia a la autoridad romana tomó un carácter colectivo, rompiendo con las prácticas utilizadas por los cínicos, los estoicos y los filósofos en lucha abierta, es verdad, contra las costumbres o marales de su tiempo, pero estrictamente intelectuales y ejemplares.

Sesenta mil rebeldes siguen a Espartaco para imponer a Roma la supresión de la esclavitud que toda la antigüedad ha considerado como cosa natural.

Sería exagerado el pretender que esta sola inquietud guiaba a los parias que habían tomado las armas y desvastaban el país. Las aventuras guerreras siguen invenciblemente las mismas huellas; el pillaje y las violencias de toda clase hacen olvidar bastante pronto el fin principal. Faltos de cohesión, divididos por sus orígenes dispares, los hombres de Espartaco debían ser vencidos. Coincidencia curiosa, son ya los germanos y los galos quienes dan más que hacer al cabecilla intrépido de la guerra de los esclavos. Después de haber hecho temblar a la poderosa república de Roma, Espartaco fué vencido y encontró la muerte; una despiadada represión vino luego y la esclavitud volvió de nuevo a su apogeo. Su ejemplo, de todos modos, no fué vano.

Este tracio, de raza nómada, deja presumir de bien joven su carácter. Perdido entre las legiones romanas, no acepta sin rechistar sin murmurar un rol de mercenario tan común como era entonces. Propaga a su alrededor, agrupa a los compañeros, en su mayoría compatriotas reclutados como él para las viles tareas guerreras, y deserta con su tropa, arrastrando a aquellos hombres por los espinosos senderos de la libertad.

A la libertad difícilmente adquirida, suceden los malos tratos, la cárcel, la perspectiva del circo y la muerte ignominiosa. Partida aplazada, pues ninguna autoridad podría guardar por mucho tiempo, sin rebelarse, a Espartaco encarcelado. Aunque traicionado por uno de los suyos, el tracio organiza una evasión que tiene éxito.

En la campaña circundando a Capua —de célebres delicias— reina el terror, pues si los evadidos pro-



metidos al circo romano prefieren el vagabundeo campestre a la ergástula, no son por eso, y distan mucho de serlo, unos santos. Legiones son enviadas al lugar con el fin de purgar la provincia de los gladiadores huídos.

Disciplinadas, bien entrenadas, las legiones del pretor Claudius lograron cercar a los hombres de Espartaco en una región montañosa, en donde pensaban coparlas fácilmente. ¿Quién, hasta aquel entonces, ha vencido a estos soldados de élite que hacen temblar el mundo romano hasta sus más lejanas provincias? En todo caso, no serán estos esclavos escapados.

Pero se enfrentan a Espartaco y van a tener una sorpresa.

El terreno ocupado por los rebeldes es escarpado; rodeados por todas partes por sus enemigos, los gladiadores sólo tiene una salida, impracticable para todo hombre razonable. Es un profundo barranco, dominado por un roquedo inaccesible en donde han establecido su campamento y que el adversario no ha querido vigilar porque lo juzga fuera de alcance humano. Espartaco no titubea. Ordena a sus compañeros cortar sarmientos de viña que abundan por los alrededores y fabricar pequeñas escaleras que, ajustadas unas a otras, formarán una improvisada vía de salvación. La noche es negra. Sin ruido, evitando hacer chocar a sus armas, uno a uno los asediados descienden, deslizándose a lo largo de ese precario camino aéreo y reuniéndose en el fondo del abismo. Al amanecer, sorprendidos en su sueño, los legionarios enviados especialmente de Roma para sofocar la rebelión, son diezmados antes de darse cuenta de lo que ocurría.

Tal victoria, rápidamente extendida por la región, atrajo hacia Espartaco y su tropa centenares de campesinos paupérrimos, a los cuales se juntaron nuevos esclavos ávidos de libertad. Roma ya no era invencible. Rebeldes, sumariamente armados, habían cumplido este milagro increíble, sin pasar a vías de hecho: aplastar a las famosas legiones romanas. La esperanza renacía en el corazón de los oprimidos de todas las razas y de todos los orígenes, en que la orgullosa ciudad extraía lo mejor de sus recursos.

Lejos de embriagarse con la fortuna de sus armas, Espartaco, por prudencia, se refugió en Lucania, en las montañas de la cual logró hacer fracasar y aun batir a nuevas legiones enviadas en su búsqueda. De tal modo y tan bien, que estos combates victoriosos, demasiado a menudo repetidos, inquietaron grandemente al Senado romano, mientras que los revoltosos aumentaban considerablemente sus fuerzas. Fué justamente este flujo el que motivó la pérdida de la causa espartakiana. Las primeras disenciones aparecieron debidas a la formación heteróclita de las bandas victoriosas y a la pretensión militar de los jefes improvisados, que no pudieron, sin embargo, jamás suplantarse a Espartaco.

Prudente hasta entonces, este último cometió un error psicológico grave. Fuerte en sus posibilidades, lanzó proclamas incitando a la rebelión general contra Roma. La rebelión en masa de los oprimidos, que él contaba se hiciera, no se produjo. A pesar de sus victorias indiscutibles, Espartaco era, ante los ojos de los ciudadanos que se creían libres, un esclavo rebelado y eso no podía serle perdonado, por muy desgraciadas que fuesen las poblaciones que quería liberar.

Pensó entonces en irse a su Tracia natal con sus compañeros e hizo una hazaña fabulosa que recuerda la famosa retirada griega de los Diez Mil. Siguiendo los Apeninos, millares de hombres se dirigieron hacia el norte, despedazando a todas las legiones que

se les oponían. Llegados al Po, unas inundaciones dificultaron la marcha de los rebeldes, que insistieron a su cabecilla el volverse a Roma y ampararse de la ciudad, que para ellos representaba el enemigo con el cual no se podía pactar.

Y así nos encontramos en el momento crucial en donde la victoria final, sino es la derrota completa, están a la merced del menor acontecimiento. Embriagado por sus victorias, Espartaco cedió. Uno de los historiadores del célebre rebelde, en un relato sorprendente, nos muestra como la altiva Roma había encontrado en este ex-gladiador un adversario de su talla.

«Vuelto hacia las regiones meridionales, Espartaco formó el proyecto de lanzar algunos millares de hombres a Sicilia, afín de prender de nuevo los fuegos mal apagados de la segunda guerra servil. Piratas sicilianos se ofrecieron a transportarlos, recibiendo de él dádivas considerables, y luego se hicieron a la vela abandonándolos en tierra.

«Construyó entonces balsas, pero la tempestad las rompió y las estrelló contra la costa. Tal era sin embargo el terror que aun inspiraba que Crasus se dió prisa en encerrarlo, en la península de Regium (1), para hacer una zanja y un contrafuerte de quince millas de largo. El cabecilla rebelde mostró un profundo desprecio por este inmenso trabajo y por los enemigos que no osaban atacarlo de frente. Luego cuando víveres y forrajes empezaron a faltarle, tapó una parte de la zanja durante una noche tormentosa, rompió las líneas de los romanos y maniobró libremente en la Lucania, en donde exterminó a las tropas de dos lugartenientes de Crasus que se atrevieron dificultar su retirada.

«Este último escribió al Senado para que se le enviase a Pompeyo con el fin de secundarlo, entonces de regreso de España, y también a Lucius que volvía de Asia. Pero pronto se arrepintió de esta petición, y buscó las ocasiones de pronto terminar con la guerra, para tener de ella todos los honores. Un cuerpo de galos, habiéndose separado del grueso de las fuerzas, se apresuró a atacarlo con gran lujo de fuerzas y le mató doce mil hombres.

Mientras tanto, Espartaco, amenazado de cerco por tres ejércitos, se dirigió hacia Brindes, con la esperanza de embarcarse e ir hasta Sicilia. Pero fué obligado por sus soldados a retroceder y enfrentarse con los romanos. Lo cual entraba en los planes de Crasus que, acababa de saber que Pompeyo venía a ayudarlo, con ganas de terminar de una vez, tanto mas cuanto que las fuerzas debilitadas del enemigo le permitían abrigar tales proyectos.

«El encuentro tuvo lugar en las márgenes del Silarius. Obligado a hacer una batalla que no entraba en sus cálculos, Espartaco, se preparó a jugar esta parte suprema con un heroísmo grandioso y desesperado. Cuando dió la señal del combate, mató a su caballo con la espada: «Vencedor, dijo, encontraré otros de los romanos; vencido, no quiero huir».

«Y arrastró a los suyos en contra de las legiones, hundiéndose mucho en el ejército romano, afín de alcanzar a Crasus, y cuando fué desgarrado por numerosas heridas, combatió mucho tiempo aun de rodillas hasta que fué derribado por los cadáveres que había abatido. Cuarenta mil esclavos perecieron con el sublime vencido de esta derrota.»

Los prisioneros fueron todos crucificados y los infelices que huían a través de los campos masacrados hasta el último por las legiones de Pompeyo, general

(1) Hoy Calabria (N.d.T.)



feliz que, a semejanza de los famosos carabineros, llegaba después de la batalla. Estimulados por los estímulos oficiales, los escritores romanos de la época se apresuraron a presentar a Espartaco como un bandidero, del que por fin se habían liberado (1). Así se escribe la Historia...

En suma, la epopeya romana sólo ha visto triunfar a la violencia armada puesta al servicio de un colonialismo bastante semejante en sus deseos al colonialismo moderno. Cuando Cesar aparece, el pensamiento debe enmudecer.

(1) Las hazañas de Espartaco han tentado a escritores y artistas. Dos tragedias lo toman como héroe y lo ponen en escena. La una es de Saurin—y, al parecer, la mejor—y fué representada en el *Théâtre-Français* en 1760. No respeta apenas la verdad histórica, pero tuvo la ventaja de inspirar a Schiller para sus «Bandidos». La segunda, representada en *Odeon* en 1847, es de Hipólito Magen. Es igualmente una evocación fantasista del célebre rebelde. Dos estatuarios han esculpido grupos refiriéndose a Espartaco: Foyatier en 1827 y Barrias en 1872 con su «Juramento de Es-

Pero el gusano se desliza en el fruto. Una nueva doctrina aparece, viniendo de Judea. Aporta la esperanza a los pueblos esclavizados, esperanza que se perderá más tarde. La potencia romana reaccionará y luego compondrá. Fatal error, pues en lo sucesivo se pierde para siempre (2).

Louis LOUVET

Traducción de Vladimir Muñoz.

partaco». En literatura, numerosas páginas le han sido consagradas. Señalemos particularmente las de Plutarco en su «Vida de Crasus». Hace una veintena de años apareció un libro titulado: «Spartacus», cuyo autor era Marcel Ollivier; aunque sea difícil procurárselo hoy, su lectura es a recomendar. L.L.

(2) La nueva doctrina procedente de Judea es la cristiana primitiva. Este estudio es el capítulo titulado «Roma», de la HISTOIRE MONDIALE DE L'ANARCHISME de Louis Louvet. (N.d.T.)

# LA EXPLORACION CIENTIFICA DEL NEPAL

**E**L Nepal, o según otra grafía, Nepaul, es un reino independiente entre las montañas del Himalaya, con frontera al norte con el Tibet; al este con la región de Sikkim y Bengala; al sur, con las regiones del Behar, de Varanasi (Benarés) y del Aoth; al oeste con las antiguas provincias indo-británicas del Noroeste. Pero la exploración científica, zoológica y botánica apenas ha comenzado. Pues después de Brian Hodgson, no ha habido exploraciones, como señala S. Dillon Ripley en su trabajo «Birds from Nepal», quien nos hace una descripción exacta de las aves del Nepal.

Tengo el gusto de poder anunciar esta publicación de mi ilustre amigo y colega, porque ella viene a dar cima a una laguna de nuestros conocimientos biológicos sobre el Asia. De las tres regiones distintas del Nepal: 1° la región alta, en la vertiente sur del Himalaya; 2°, la región media («el valle central que contiene la capital Katmandu, y las rutas que se dirigen a ella desde las planicies hindûes») y 3°, las tierras bajas, que comprenden profundos valles, se conocía solamente el valle del Khatmandou. «A excepción de las bre-

ves exploraciones botánicas de Sir Joseph Hooker a lo largo del río Tamur (en la parte oriental del Nepal), que tuvieron lugar en 1848 y una o dos incursiones geológicas recientes en Nepal, a ningún zoólogo le ha sido dado viajar en plan de estudio por el Nepal, excepto en la área del valle, dentro de un radio de quince millas de la capital y trocha arriba». El mejor trabajo sobre el valle de Khatmandou fué el del cirujano inglés J. Scully, que publicó una lista de 300 especies de pájaros del Nepal («Stray Feathers», 1879). En el siglo XX se produjeron algunas exploraciones como la de Herbert Stevens, que visitó la parte del Himalaya perteneciente a la región de Sikkim (1911, 1912 y 1914) y las tierras limítrofes del Nepal oriental.

El informe de S. Dillon Ripley nos da a conocer que las últimas colecciones ornitológicas (1950) comprenden 331 especies y subespecies capturadas y 50 formas observadas, lo que da la ornitofauna nepalíana un total de 381 especies. Pero seguramente que esta cifra es muy por debajo de la realidad, pues la exploración tuvo lugar más que en algunas localidades situadas en tres regio-



nes del Nepal: al oeste, en Kauriala Ghat, cabeza de la línea del ferrocarril Oudh Tirhut Railway, y en el valle del río Karnali; al centro, en el valle del Khatmandou; al este, en la región del centro industrial de Biratnagar y en Dharan Bazaar, campamento de invierno del distrito de Dhankuta.

Entre los pájaros característicos del Nepal hay la bella especie «Kitta flavirostris» (Blyth) que abunda en altitudes superiores a 2.440 metros en el Nepal oriental, donde, por primera vez, se ha demostrado su presencia al este del río Arun Kosi. Este bello pájaro, azulado, de pico amarillo, tiene un trino que consiste en un silbido que recuerda el de la «Crested Serpent Eagle». Al mismo género pertenecen dos especies más del Nepal: la «Kitta erythrorhyncha» que vive en las partes frondosas del valle de Karnali; y la «Kitta chinensis» (Boddaert), verdosa, que se encuentra en los bosques de hojas perennes, a lo largo del río Karnali. En general, la familia de los «corvidae» está muy bien representada en el Himalaya del Nepal:

el cuervo de la jungla (*Corvus macrorhynchos*), la picaza del bosque bengalés (*Nucifraga*), el arrendajo de garganta negra (*garrulus*), el cascanueces del Himalaya (*Nucifraga*). Pero el pájaro más característico del Nepal es el «*Acabthoptila nipa-lensis*» (Hodgson), a propósito del cual Ripley ha escrito: «El descubrimiento de esta especie fué uno de los más interesantes resultados de la expedición». Sobre esta especie existe todavía la controversia entre Delacour y Ripley: el primero quisiera suprimir este género, mientras que Ripley afirma «que sirve como valioso eslabón entre *Turdoides* y *Garrulax*». En el Terai occidental se encuentran dos especies de *Turdoides* (*earlii*, *somervillei*), el *Crysomma* y la *Timalia*.

George-Joseph RAVASINI

(Autor del «Dictionnaire  
d'Ornithologie»)

Montauban, 1954.

## LA CULTURA Y LA GUERRA

### EL EJERCITO Y LOS RENEGADOS

## LA AGONIA DE UNA CIVILIZACION

### II Y ULTIMO



El crimen bestial es ciego y quizás inevitable, entre los individuos degenerados. El crimen colectivo, en razón de sus dimensiones catastróficas, puede sobrepasar el círculo de la conciencia que juzga y ser contemplado con el pavor mudo de la impotencia y de la compasión. Incluso es posible comprender a esos teóricos de «la guerra por la guerra» desde los generales Moltke y Bernhardi hasta el presidente Teodoro Roose-

velt, a todos esos falsos demiurgos reunidos en consejos de ministros o diplomáticos; a esos soberbios jefes de los ejércitos jugando un monstruoso partido de ajedrez sobre sus mapas estratégicos; a toda esa casta que explotaba los rebaños que pateaban en el fango y en la sangre. Es posible comprender hasta a los «responsables» políticos. Todos ellos actuaban, por lo menos, de acuerdo a su lógica, por negativa que fuera; desempeñaban sus papeles de verdugos que sólo pueden permanecer en el poder mediante el desencadenamiento de todas las pasiones sanguinarias. Su crimen está más allá de la moral, más allá de la humanidad.

Pero los intelectuales, que se pusieron al servicio de los criminales del Estado, todos aquellos que abandonaron su misión pacífica, todos los que aumentaron las heridas de la humanidad al cantar los «sacrificios heroicos», la «gloria»,

el «deber» y tantas otras mentiras sacrosantas, han cometido un crimen que no tiene expiación posible. Profanaron la razón al ponerla al servicio de la brutalidad; la verdad, al transplantarla a la podredumbre militarista; la belleza, al ocultar con sus apariencias los campos rebosantes de cadáveres. Fueron ellos, sobre todo, quienes mantuvieron ese delirio de las mentes mediocres mediante su literatura y su «filosofía» guerreras, fustigando a las numerosas almas que aspiraban a la vida, a la luz y a la lucha creadora.

El ejército de los renegados es aun más numeroso. No lo integran tan sólo los poetas, los profesores, los periodistas y los «dilettantes». Hay que contar también a los pacifistas de manifiestos líricos o políticos, de proyectos de «paz eterna» quienes actuaron antes de 1914. Y más tarde, desde 1937, bajo el signo de la guerra revolucionaria, aparecieron los apologistas de la llamada «paz indivisible», cuya portavoz fué, desgraciadamente, un Romain Rolland. Hay que contar también a los soñadores o exaltados que, en el camino de sus quimeras o de sus compromisos, despertaron de pronto en las trincheras y se pusieron a clamar: «La guerra por la paz» o «Mediante la victoria de nuestra patria, fundaremos la paz universal»...

Hay que contar también a los socialistas de todos los matices autoritarios, quienes sabían muy bien que la guerra nace del régimen capitalista como el ave del huevo. Los



mismos dirigentes políticos que habían electrizado a las masas proletarias presentándoles el espejismo de una sociedad sin amos y explotados, se precipitaron después con furia sobre otras masas proletarias vestidas con uniforme distinto. Y junto a ellos, embrutecido y mudo, marchaba «el ejército revolucionario». Lo mismo pasa en nuestros días, cuando la guerra entre las naciones se transforma inevitablemente en guerra civil. Un Albert Thomas pasó a ocupar, en la primera guerra mundial, el ministerio de Municiones; Gustave Hervé, el antimilitarista, aullaba desde su diario con más fuerza que los patrioterros, y el diputado socialista alemán David, murió en el frente de batalla, feliz por haber obtenido la «Cruz de Hierro»... Los social-patriotas encontraron igualmente las fórmulas salvadoras: «La guerra matará a la guerra», cuando es evidente que toda violencia engendra otra violencia. «La patria está por encima de la humanidad», pero las repúblicas «demócratas» o «socialistas» creadas después de 1917, se han convertido en nuevas patrias militarizadas. «Una vez pasada la tempestad, arreglaremos cuentas con nuestros verdugos», cuando, en los hechos, los «revolucionarios» llegados al poder se apoyan mutuamente, firman alianzas militares con los Estados capitalistas o «pactos de no agresión» con otros regímenes dictatoriales.

Debemos contar asimismo a los hombres de ciencia y al ejército de técnicos. Ellos fueron el instrumento decisivo en esta «guerra de municiones». Fueron quienes inventaron y realizaron los cañones de alcance cada vez mayor, las ametralladoras fulminantes, los aviones de bombardeo, los tanques semejantes a monstruos antediluvianos. El genio que en laboratorios y clínicas buscaba pacientemente el remedio a las enfermedades, buscó entonces el veneno más mortífero; introdujo microbios en los obuses, inventó el gas asfixiante, las balas *dum* y la bomba atómica. Los sabios transformaron todas las energías y las invenciones pacíficas, desde el teléfono hasta el aeroplano, desde la máquina de vapor hasta la electricidad y los «rayos invisibles» poniéndolas al servicio de la barbarie destructora. «La ciencia no tiene objetivo y carece de prejuicios», afirmaban algunos de ellos. «La ciencia está a disposición de quien quiera utilizarla», afirman los cínicos. Pero nosotros decimos: la ciencia sin humanidad es una vanidad sangrienta...

La ciencia ha sido maldecida durante la guerra más a menudo que los jefes de los ejércitos. Se produjo una inversión total del bien en mal. El universo mecánico, creado por el esfuerzo de los pueblos a través de los siglos, cambió de golpe su aspecto, y adquirió en cierto grado una voluntad independiente de la de sus creadores. La máquina se convirtió en una bestia sin freno que se vengó destruyendo los tesoros de la civilización y apilando cadáveres. Como un niño que exige siempre más juguetes, la humanidad obtuvo siempre más máquinas e instrumentos en que acechaban, ocultas, las fuerzas ciegas de la naturaleza y las fuerzas pérdidas de los genios malevolentes. Y los «juguetes» se pusieron en movimiento y estallaron, despedazando los niños inocentes o ignorantes de la Humanidad.

\*\*\*

El problema de la cultura y de la civilización tiene además otro aspecto: el ético y religioso. Los aterrorizados, desquartizados en los mataderos de la guerra, buscaban en vano la salvación. Para ellos no había ninguna salida salvo la fosa común. La sublevación lúcida no ha estallado aún en las almas delirantes; en los cerebros, machacados por la desgracia con sus mil rostros, no ha surgido aún la chispa de la conciencia. El terror y la religión son al mismo tiempo causa y efecto. Nunca, quizás, el terror místico-religioso de los pueblos ha sido más exaltado. La religión había revestido todas las formas, desde el culto patriótico hasta el de la divinidad. Y hacia el firmamento estrellado del Padre Supremo, oculto por ese otro cielo, tonante a causa de las explosiones y henchido de nubes repletas de veneno; hacia el infinito del más allá, ascendían las plegarias fer-

vientes de los sacrificados. Ellos decían: «Allá existe una justicia sin mancha y recompensas ilimitadas»...

Pero entre la muchedumbre y Dios, se coloca el piadoso intermediario «autorizado». Desde tiempo atrás, las iglesias —todas las iglesias de todos los dogmas— se habían puesto al servicio del Moloch sanguinario. ¿Acaso no sabemos que Jesús, como Moisés, como Mahoma y Buda, no son más que reliquias entre las manos de los sacerdotes? Los servidores de los altares han interpretado falsamente la letra de las enseñanzas divinas en provecho de los intereses temporarios. Quizás el espíritu puro de los profetas persista en algunas almas, pero sus «representantes» sólo ofrecen al rebaño de pecadores el «dogma intangible» y una complejidad de ritos, muy poco diferentes de las prácticas caníbales y fetichistas de África.

Sabíamos todo eso. Pero conocimos durante la guerra el más fantástico desmoronamiento moral. Dios fué monopolizado por los dos campos enemigos; y fué en nombre de su justicia que se condujo a los pueblos a la matanza, al «juicio final». Los sacerdotes aullaban sus anatemas contra el enemigo, proporcionando su bendición a los «hijos de la Patria, elegidos del Señor». Es evidente que las religiones han llegado, desde mucho tiempo atrás, a fórmulas de compromiso entre la teoría y la práctica. Pero sólo en 1914 nos enteramos de que «para ser buen soldado es necesario ser buen cristiano». Y para completar esta espantosa irrisión mediante un perfecto símbolo del monstruoso acoplamiento de la guerra y la cultura, hemos visto a los fanáticos de sotanas negras marchando a la cabeza de los ejércitos, fascinados por la misma égida protectora. La cruz sobre la cual el *Hijo del Hombre* había sufrido, era arrastrada en la confusión guerrera y agitada por encima de los esclavos como una amenaza y como una recompensa: «O bien suspendida sobre vuestro pecho, o clavada sobre vuestra tumba»...

¡Oh los cementerios de la guerra! En ellos, las tumbas se multiplicaron, obsesionantes, con sus gestos de maldición petrificada. Cruces, siempre cruces, clavadas sobre las tumbas de la vida, del amor y de la civilización, las cruces de la nada y de la locura humana. Signo único, sintético y definitivo, constituyendo una barrera que nos separaría del verdadero mundo de la naturaleza y de Dios...

\*\*\*

Nos viene a la memoria un episodio bíblico: la caída de los ángeles, y lo imaginamos de acuerdo con los frescos de la cúpula de la Capilla Sixtina ejecutados por Miguel Ángel. Pero no podemos soportar esta visión: es demasiado bella, es sobrehumana; es el drama de la Expiación que permanece victoriosamente hasta en su fracaso.

Y nuevamente la guerra—sea nacional, civil, religiosa, económica, revolucionaria—se nos presenta como una formidable derrota de los pueblos. Ved los ejércitos que ruedan al abismo trepidante y ardiente; se arrastran unos a otros perseguidos por la fuerza brutal y por la mentira idealizada, y excitados por el olor de sangre. Ved que se precipitan unos sobre los otros, aplastándose en el fondo de los abismos eternamente abiertos... Destrucción, destrucción, sin objeto, sin freno. Todo aquello que tiene un cuerpo humano, brutos o santos, imbéciles o genios, niños o ancianos, aquellos que llevan las armas de la materia y los que llevan las armas del espíritu, todo es arrastrado por el huracán de la Barbarie, por la barbarie de la civilización maquinista que busca un desenlace en el caos primordial. Más abajo, en la noche sin la estrella de la conciencia...; más abajo, en la muerte sin esperanzas de la renovación moral...; siempre más abajo, más allá del bien y del mal, en el imperio helado del No-Ser.

Pero en el centro de esta visión hay otra que persiste: la Humanidad multitudinaria que gime, martirizada por los verdugos con sus instrumentos refinados, enrojecidos por el fuego del odio. Ved que se le revienta un ojo, que se le



corta una oreja, que se le arrancan las entrañas, que se le desgarran el corazón y que se tira todo como alimento para la jauría hambrienta que aulla en torno a la Humanidad, jauría constituida por sus amos hereditarios, por todos esos vampiros que la usufructúan y sus falsos pastores espirituales. Devoran sus órganos todavía palpitantes y sacian su sed en la sangre caliente y espesa. Y sobre el pantano de sangre se inclinan a cuatro patas los que visten el casco de Marte y los condecorados por las insignias de Minerva y aquellos cuyas cabezas están rodeadas por los laureles de la Paz. Están allí para succionar la vida a la Humanidad, gruñendo de placer y balbuceando las fórmulas de las brujas y los canibales.

Y todos nosotros, los desdichados; nosotros, los desilusionados y sin embargo los fieles servidores de los ideales, temblamos de asco y de terror, lloramos en la noche de nuestras almas, solitarios agazapados en la trinchera o inclinados sobre los libros inútiles.

\* \* \*

Apartemos de nosotros estas visiones apocalípticas. Tratamos de «explicarlas», pero en vano; pues la verdad es inmediata, elemental. Entre la guerra y la cultura existe un abismo sin ningún puente de unión. Es lo que nos han probado las guerras mundiales y también las guerras civiles y las grotescamente llamadas guerras «ideológicas».

Lo que habíamos considerado imposible, se ha convertido en una realidad durante la primera mitad de nuestro siglo. Es un desmentido total al pasado de la cultura. El río de la vida espiritual ha sido separado de su cauce natural hacia las pendientes desérticas sembradas de cadáveres. ¿Todavía podemos hablar de la autonomía del Espíritu, de la unidad de la cultura, de una conciencia moral de la Humanidad, cuando ésta contempla impotente las catástrofes de la naturaleza y los cataclismos guerreros? No podemos responder en este momento. Comprobamos simplemente que el árbol de la cultura ha entrado, desde 1914, en una fase monstruosa de su crecimiento.

En las viejas capas de la humanidad, donde la cultura ha implantado de modo tan profundo sus raíces, han venido a colocarse los restos de numerosas generaciones y civilizaciones descompuestas. El materialismo, sobre todo el del siglo diecinueve, desnaturalizado bajo todas las formas, se infiltró en la esencia nutritiva del árbol de la cultura. Y la savia que ascendía desde las raíces—la sangre de los pueblos explotados o masacrados—, se torna cada día más anémica, más lenta y más impura. La atmósfera intelectual y moral que envolvía el inmenso follaje de la cultura, cada vez más raramente se ve agitada por los vientos vivificantes. En el aire detenido, el pensamiento se tornaba perezoso, los sentimientos disminuían, los propósitos acortaban su horizonte, pues la luz de la salvación ya no llegaba desde los infinitos de la creación universal. La cultura se ahogaba bajo el cielo henchido con el humo y los miasmas de la industria armamentista y del mercantilismo rapaz. ¿Qué civilización, qué frutos podía prodigar todavía? Sólo frutos insípidos para estómagos débiles, frutos acres, alcohólicos, semipodridos, para los gustos pervertidos.

En efecto, el compromiso entre la materia y los servidores del Espíritu se extendió como una lepra imprevista sobre toda la humanidad civilizada. Las religiones ya han establecido de tiempo atrás un compromiso entre su doctrina y la práctica; y luego, uno tras otro, la poesía, el arte, la filosofía, la ciencia, descendieron a la arena del desenfreno guerrero, abandonándose entre los velludos brazos de seres brutales siempre insaciables. El sacrificio puro, el heroísmo solitario del individuo contra las masas, la trágica ascensión hacia los ideales que nos reclaman sin cesar, ya no tienen más que un puñado de fieles que, si bien no son ignorados, son considerados como pobres locos. Los que se han tornado los amos de los pueblos, extendieron sus garfios de hierro sobre los pensadores y los visionarios «poco prácticos». Estos debían prestarse a servirles de cerebro que

todo lo sabe y de corazón sensible a todos los llamados del mundo. Necesitaban bufones para sus festines de ogros, en que estaban dispuestos a reventar de bienestar y de alegría.

Los combatientes del Espíritu no repararon en que, al renunciar a su independencia, comenzaban a servir a la materia tiránica y absolutista, que arrastra hacia la descomposición. Esos «intelectuales» no han servido para nada a la especie humana, ni han servido a los ideales hacia los cuales aspiraba la humanidad iluminada; sirvieron a una casta (fuera blanca, negra, roja o morena), a una sociedad artificial que se cree definitivamente instalada sobre las espaldas de los rebaños deshumanizados. Sus obras no abarcan ya la vida universal que evoluciona en el seno de la eternidad multiforme. Sus obras no expresan nada más que lo efímero; solo proporcionan apariencias de vida y no su esencia; es la máscara impuesta sobre los rostros exangües de los prostituidos y de las amazonas estériles.

La mayoría de los intelectuales ha renunciado a servir mediante la obra del pensamiento libre, para dejarse dominar por la fuerza y por el número; por los fetichismos colectivos y por la idolatría política. Han traicionado la *patria cultural*, que es la planetaria, en aras de la pequeña patria chauvinista en una época de interdependencia técnica y económica. Una vez colocados en la pendiente de su error, cometieron un crimen que no tiene expiación posible, al arrojar a la hoguera de la guerra los tesoros de la verdadera civilización, y todas las aspiraciones superiores de la humanidad.

El que aún reclame, al finalizar nuestra confesión, una «explicación objetiva»—como se dice en lenguaje dialéctico—una «explicación causal» de esta noche medieval, o más exactamente, de esta noche polar que ha descendido sobre el siglo veinte, puede encontrarla con bastante facilidad, sin vericuetos casuísticos, sin pudores hipócritas. Esta explicación reside en la negación de la ley central de todo progreso, y por consiguiente del progreso espiritual y cultural: la *concordancia real, orgánica, entre la idea y la acción*. Los intelectuales han roto la barra de acero que unía estos dos polos de la vida humana. Han permanecido pasivos en la torre de marfil de la idea, o bien, empujados a la acción, trataron de moldear la idea en formas falsas, artificiales, colocándola al servicio de la violencia, del odio y de la mentira, de la guerra infernal en que ningún pensamiento realmente creador puede florecer, en que ninguna aspiración que divinice al hombre puede resplandecer.

\* \* \*

Hoy día, como en 1914, como en 1939, el huracán de la barbarie guerrera «organizada» continúa soplando sobre el mundo. Ya no sólo entre las naciones, sino también entre las clases; ya no sólo entre diversos países, sino también entre los continentes; ya no sólo entre las razas y las religiones, sino también entre los hermanos de un mismo ideal; y tampoco con exclusividad entre las autarquías económicas, sino que además en los dominios considerados no hace mucho como sagrados e inviolables: en los dominios del arte, de la ciencia, de la filosofía, de la literatura e incluso de la música...

He dicho al empezar estas páginas que no soy un profeta que anuncia el fin del mundo. Pero quien quiera salvar algo de esta «débacle» de fuerzas ciegas y furibundas, tiene el deber de mirar a la verdad frente a frente, de proclamar la verdad ante todos aquellos que todavía pueden comprenderla, puesto que, después del desastre de la civilización materialista, técnica y mercantil, comienza ahora la agonía de la cultura. El árbol de la cultura se deja deshojar. Sus ramas caen, quebradas por la tormenta, para alimentar el incendio insaciable, el fuego provocado por las bestias feroces con rostro humano. La noche de desgarrados rayos persiste en la actualidad sobre las multitudes masacradas en nombre de los falsos ídolos y las satánicas «ideologías». Una larga noche, que quizá no tenga fin, significando el término de la historia del *genus humanum*...



Porque el tiempo de los milagros ha pasado para siempre. Ya no existen salvadores. La liberación está en nosotros, en cada uno de nosotros mismos; el que quiera salvar su propia humanidad, su corazón y su espíritu humano, debe resistir por sí mismo; que se renueve, que se purifique, que luche contra el mal que reside en su propio ser. Y yo, y tú, y él, todos nosotros, debemos extirpar la violencia, el odio, la mentira, enraizados en nosotros mismos. ¡Humanicémonos! Pues, tal como lo ha dicho Amiel, la mayor parte de los hombres está compuesto por candidatos a la humanidad. ¡Humanicémonos! Y solamente entonces podremos confiar en percibir, en la profunda obscuridad de la barbarie contemporánea, los primeros signos lejanos que anuncian la aurora del gran despertar y de la fraternidad universal.

\* \* \*

Para terminar, si algunos piensan que mi confesión—pues es una confesión la que formulo en estas páginas—es más bien patética, sentimental o nebulosa, entonces me permito reproducir una parte de mi llamado a la *Joven Europa*. Después de haber expuesto las características de la vieja Europa, sus taras, sus pecados, reconozco que existen signos de una recuperación. Pero, a condición de afrontar valientemente los grandes problemas y solucionarlos sin compromisos, sin medidas incompletas, sin la horrorosa hipocresía de la política que sólo cambia los dirigentes sin alterar en nada sus métodos basados sobre la misma violencia y la misma intolerancia:

«Europa está hoy en una encrucijada. El Asia le da un ejemplo de prudencia... América la tienta con sus riquezas. Europa tiene que ser una síntesis del espíritu y de la materia. No ha conocido aún el equilibrio saludable. Ha oscilado de un extremo a otro. Gandhi y Tagore le han anunciado la No Violencia y la comunión de las almas en la fe y el amor. Edison y Einstein le han aportado las maravillas de la técnica y de la organización que multiplican al

infinito las fuerzas humanas y las de la naturaleza... No obstante el Asia se debilita a consecuencia de los renunciamientos, del ascetismo o de lo contrario: el materialismo vulgar. América del Norte, especialmente, hállese amenazada por el cáncer del maquinismo.

«¿Sabrá Europa espiritualizar la materia? ¿Dar un alma a la máquina y la clarividencia inteligente a los instintos; conservar a la par la ciencia y una religión, una ética sin dogma, sin iglesias, sin curas; humanizar a los pueblos y divinizar al hombre; romper las barreras artificiales entre las naciones y entre las clases, y edificar las ciudades del Trabajo y los templos de la Ciencia, cuyas puertas serán abiertas a todos los que vengan para crear o para buscar la luz?...

«Ciertas señales anuncian que la joven Europa llegará a conciliar los dualismos. El dualismo del universo es allí, a sus ojos, como un ejemplo inmortal. Europa lleva en sí los gérmenes de las futuras cosechas. Los cuatro vientos del mundo le traen los efluvios de todas las aspiraciones. Los órganos de la unidad existen y ya no hace falta más que armonizarlos en una realidad suprema. Algunos de estos órganos tienen todavía nombres falsos porque su contenido ha sido falseado.

«El imperialismo se llamará pronto internacionalismo; el nacionalismo egoísta se llamará patriotismo cultural; el capitalismo rapaz se transformará en cooperación; la guerra entre los Estados dejará lugar a la libre competencia del trabajo; la guerra de clases será suprimida por el individualismo creador; la revolución volverá a ser la evolución; el método opresivo cederá a la ley de la interdependencia; la Organización de las Naciones Unidas llegará a ser verdaderamente una Unión de los pueblos, en el momento en que la justicia haya hecho acallar la voz del cañón o el amor haya reemplazado al odio y a la envidia entre todos los individuos y los pueblos libertados de la Tierra...»

Eugen RELGIS

## La Novela de Salomé

— I —

Ocurre ir a un lugar y agradarnos todo lo que en el camino encontramos; y cuando, de regreso, volvemos a ver las mismas cosas, como si fueran otras, nos desagradan. ¿Haremos pasado de la satisfacción a la hartura? Nada existe sin un grano de eternidad, y lo que yo rechazo por hastío otro lo busca con hambre.



Me parece muy mal, muy mal, que en las actuales circunstancias — cantera de interesantes argumentos — piense usted escribir una obra no en consonancia con las preocupaciones de la hora, mas que obedezca a las suyas: y peor — esto sobre todo — su contumacia en llevarse de mis consejos (se dan para no seguirlos). ¿Luego lo que pasa y lo que se teme que pase nada le dice? ¿Tiene usted en cuenta lo que es en estos momentos Europa? Vamos, deseché

los malos pensamientos: creen que no está usted bien de la cabeza. Inspírese en la Economía — punto de partida hacia el porvenir —, si verdaderamente quiere hacer algo útil. Yo he estado a matar toda mi vida con la Economía, y, por fin, hemos llegado a una «entente». Mi placer de hoy — lo que usted oye —, pues me permite fantasear, ejercitar las facultades creadoras, soñar despierto, realizar maravillas, interpretar en lenguaje de los números, que no miente, y, — ¡oh pretensión! — arreglar el mundo. Es la quimera tangible, la quimera práctica. Hasta aquí, yo no sabía cómo salir de los caminos abstractos, y en mis frecuentes descarríos apelaba a las musas (el tío de Alcalá). Oigamos a Nietzsche: «La observación del devenir muestra que la ilusión y el deseo de engañarse, la inverecondia, han formado siempre parte de las condiciones de existencia del hombre: hay que recorrer el velo alguna vez.» Para terminar este punto: el ajedrez vale la pena, aprenda a jugar si no sabe.

Cada doctrina contiene una partícula de Dios, uno y único. Las religiones desembocan en la Religión,



como los ríos en el mar. Primero fué explicada de viva voz al hombre, y luego a Moisés, en el Sonai, por escrito. Toda su sustancia está condensada en unas tablas, de que son los nudos los mandamientos. Los infinitos volúmenes posteriores no han hecho más que complicar la moral, sembrar la duda y desorientar a los seres, apartándolos del verdadero camino. Los tres grandes maestros del camino: Francisco de Asís, León Tolstoi y Abilio Guerra Junqueiro. Pareciéndole escasos al hombre los deberes del Decálogo, los aumentó... para tener más preceptos que burlar. Dios aparece repartido entre infinitos expoliadores, al extremo de quedar mal parada su existencia. Con la sustancia del buen Dios —el de los patriarcas— han fabricado innumerables dioses de bolsillo. ¿El politeísmo es otro que una vasta exposición de divinidades? ¿Y qué las sectas a granel compitiendo como las empresas de transportes o al modo que las sociedades azucareras? Entra uno en la iglesia, en las iglesias, y sólo ve a los alcahaleros y a la mujer de las sillas, menos a Dios, ausente. Está en todas partes salvo la llamada su casa, por no encontrarse seguro en ella. Dios es un goce íntimo, perenne, inacabable... y gratuito accionando sobre la conciencia. Agrupador y animador de Todo. Trabajador a perpetuidad. Sabio conductor de lo existente. «Una gran voluntad que penetra todas las cosas por la naturaleza de su intensidad.» El Dios de Santo Tomás, Granwille, Poe, Unamuno...

Soy con usted y le digo: Salomé, nieta de Herodes el Grande e hija de Herodías, verdadera Rusalca, es para que un literato de calidad mida bien sus facultades y viéndose capaz de afrontar el tema no lo pierda de vista. Quién sabe si a Huysmans este asunto le fué por la mente: el retazo de «a rebours» sobre la Salomé de Moreau, tan luminoso como el cuadro de que se ocupa, a creerlo me induce. Cuadros, porque Moreau repite con otro lienzo, como si la sed de lo mismo no hubiera sido saciada. Llénese primero de Salomé ante ambas creaciones. Pero deje a Wilde, que ha falseado la verdad sobre la famosa danzarina, plasmándola en una fórmula de teatro. Salomé no conoció al Precursor, por manera que mal pudo enamorarse de Juan Bautista, siendo seguro que la cabeza cercana y ensangrentada que en un plato le sirvieron la llenó de asco. Repase «Herodías», de Flauvert y «La Religión», de Eça de Queiroz, y verá que la hija de tal furia ni siquiera recordaba el nombre de Iakannan en el instante de pedir su cabeza a Herodes. Este hecho está sustanciado en el Evangelio de San Mateo (cap. 4) y en el de San Marcos (cap. 6), coincidiendo entrambos.

¿Cuántas páginas vendrá a tener su obra? No es una pregunta baladí: la cantidad de materiales a utilizar —si usted quiere bastantes, muchos—, las porciones han de decirlo. Suponiendo que sea más que una estampa, y así lo creo, la cosa presenta dos fases que en el fondo y la forma difieren. No es aquello de Isabel y Fernando que monta lo mismo: aquí hay Fernando e Isabel incompatibles, frente a frente. Hay el aspecto judío y el cristiano: aquél llevará fatalmente a desautorizar la Vulgata y por hebraizante dará en cárceles inquisitoriales con sus huesos, se lo advierto: estotro no presta para más que una pincelada. Y si usted, en 1954, aduce como Fray Luis,

en 1572, que la interpretación judía de la Biblia puede ser tan cierta como la cristiana, le aplicarán la coraza o le pondrán en el potro por hereje. Siendo el Bautista el personaje central de la novela, habrá siquiera de remontarse al padre y a la madre: a Zacarías, de los Abías, penúltimo profeta, y a Isabel, de las hijas de Aarón. Tendrá por fuerza que detenerse en la institución levítica, tan ornamentista y espectacular, que en manera alguna puede escamotear un buen literato. Del libro primero de las Crónicas (cap. 9): «Todos estos, escogidos para guardas en las puertas, eran doscientos doce cuando fueron contados por el orden de sus linajes en sus villas, a los cuales constituyó en su oficio David y Samuel el vidente.» «Así ellos y sus hijos eran porteros por sus turnos a las puertas de la casa de Jehová, y de la casa del tabernáculo.» «Y estaban los porteros a los cuatro vientos, al oriente, al occidente, al septentrion, y al mediodía.» «Y sus hermanos que estaban en sus aldeas, venían cada siete días por sus tiempos con ellos.» «Porque cuatro principales de los porteros Levitas estaban en el oficio, y tenían cargo de las cámaras, y de los tesoros de la casa de Dios.» «Estos moraban alrededor de la casa de Dios, porque tenían cargo de la guardia, y el de abrir aquélla todas las mañanas.» «Algunos de estos tenían cargo de los vasos del ministerio, los cuales se metían por cuenta, y por cuenta se sacaban.» «Y otros de ellos tenían cargo de la vajilla, y de todos los vasos del santuario, y de la harina y del vino, y del aceite, y del incienso, y de los aromas.» «Y algunos de los hijos de los sacerdotes hacían los ungüentos aromáticos.» «Y Mathathias, uno de los Levitas, primogénito de Salum Coraita, tenía cargo de las cosas que se hacían en sartén.» «Y algunos de los hijos de Coath, y de sus hermanos, tenían el cargo de los panes de la proposición, los cuales ponían por orden cada sábado.» «Y de estos había catorce principales de familia de los Levitas, **los cuales estaban en sus cámaras exentos**; porque de día y de noche estaban en **aquella obra**.» Ejerciendo Zacarías su ministerio, a la hora del incienso presentósele el ángel Gabriel —el mismo que posteriormente a María— y le anunció que su mujer, Isabel, concebiría hijo (su protagonista). Como dudase, porque él y ella eran ya viejos, perdió el habla en castigo. Mas la virgen María, llena del Espíritu Santo, fué desde Nazaret a una ciudad de Judá para visitar a su prima Santa Isabel y darle las nuevas del Ángel (misterio gozoso del Rosario).

Ahora bien, la Biblia cristiana interpreta todo esto de una manera y la israelita de otra. Parecen verdades de distinto cuño (poesía y prosa). La tendencia cristiana aplícase a divinizar lo humano y la judía a humanizar lo divino. Así Zacarías, sacerdote, profeta, hijo de Berechías, hijo de Iddo, es la contrafigura de Sadoq, esposo de Salomé (Isabel), casada por lo visto dos veces, tal vez más de dos veces. De su segundo matrimonio con Sadoq, Salomé (Isabel) tuvo a Juan Bautista. Para que vea que no es igual cabo segundo que segundo cabo. Aludir a Ezequías, apodado Babá (padre) es comprometerse seriamente a retratarle de cuerpo entero. Empezó usted remontándose a la lucha que durante catorce años sostuvieron los hasmoneos contra el invasor sirio por la liberación de Palestina. Vencieron, sí, pero estalló la guerra civil a causa de



que los principales de la familia hasmonea —muy ilustre, según Roubach— todos querían ser reyes. Metidos de hoz y coz en el país los romanos, con Pompeyo a la cabeza, terminaron haciéndose los dueños. Culpa de los colaboracionistas, vendidos a Roma. En un solo día la matanza de judíos alcanzó a 12.000. Oiga usted a Rouach: «Muchos arrojáronse desde la muralla para matarse; otros quemaron sus casas y perecieron entre las llamas. En medio de estas horribles escenas, los sacerdotes, impasibles, celebraban los oficios en el altar, esperando la muerte.» Judea perdió otra vez su independencia y quedó convertida en una autarquía con Hyrkan, pelele manejado por su ministro Antipáter, padre de Fasael y Herodes, todo de los romanos. Con Antipáter nace la

vermocracia de Montero Ríos —no lo olvide—, pues repartió a los suyos honores y sinecuras, títulos y prebendas, poniendo a Fasael por cabeza de Jerusalén y a Herodes de Galilea. El rey Aristóbulo, arrojado por la borda, echóse como el pretendiente don Carlos al campo y con los patriotas esenios —vea lo que de ellos dice Philón, que es interesante— continuó la cruzada. Puede bajar el telón esta parte, con la victoria de Pompeyo sobre Aristóbulo, el cual fué hecho prisionero y, para mayor escarnio, llevado a Roma con sus dos hijos y sus dos hijas: envenenaron al rey y decapitaron, en Autioque, a su hijo Alejandro.

PUYOL

## Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana

(Continuación)

270. «Era Nuova». Vocero de la Federación Comunista Libertaria Piamontesa. Torino. Después de publicar algunos números clandestinos en 1944 y principios de 1945, inicia su publicación regular en julio de 1945 y la continúa regularmente cada quince días, excepción hecha de una breve interrupción en 1948, llegando hasta 1950. Con el número de 1 de mayo de 1946, modifica su subtítulo, adoptando el de «Quincenario Anarquista F.A.I.» Sale en pequeño formato, con cuatro páginas. A partir del Congreso Anarquista de Ancona, en 1950, su redactor, Italo Garinei, recibe el encargo de comenzar otra publicación con el título de «Il Seme Anárquico» (La Semilla Anárquica). Colaboradores: Amedeo Boschi, Nino Napolitano, Ugo Fedeli, Taglazucchi, Galassi, Bertran, etc.

271. «Volontà». Número único en memoria de Gino Lucetti. Una hoja a cuatro columnas. Sin fecha ni lugar de publicación. Corresponde a fines de 1945.

272. «Sorgiamo». Número único. Imola. A cargo de la F.A.I. Sección de Imola. 22 de julio de 1945. Cuatro páginas a cinco columnas. Redactor: Fochi Césare.

273. «I maggio 1945». Número único editado por los anarquistas de Florencia. Florencia. Mayo de 1945. Pequeño formato, cuatro páginas a tres columnas.

274. «La Protesta». Periódico anarquista. Número único. Florencia, 1945. Una hoja a cuatro columnas. No lleva fecha ni lugar de aparición.

275. «La Voce Anárquica». Número único. Florencia. Octubre 1945. Cuatro páginas a cuatro columnas. Lleva el manifiesto del Congreso Nacional Anarquista celebrado en Carrara en 1945, el primer Congreso celebrado después de la caída del fascismo.

276. «Libera Voce». Periódico anarquista. Número único. Florencia. A fines de 1945. Una hoja a cuatro columnas. Como otros periódicos publicados en la misma época carece de fecha y lugar de aparición.

277. «Il Seme Libertario». Órgano de la Federación Comunista Libertaria. Roma. Número único publicado a car-

go de la «Gioventù Libertaria». Una hoja a cuatro columnas. Aparece un solo número en 1944. Director: Enzo Tano.

278. «Umanità Nova». Periódico anarquista. Edición Fiorentina. Florencia. 20 de mayo 1945. Aunque lleva la numeración del viejo diario creado en 1922, es éste uno de los muchos números únicos que los anarquistas adherentes a la F.A.I. publicaron en 1945 con títulos diversos.

279. «L'Agitazione». Periódico anarquista. Ancona. A cargo de la Federación Anarquista Marghigiana. Inicia su publicación el 9 de septiembre de 1945 y lleva en subtítulo: «Fundado por Errico Malatesta» y la numeración Año XLIX. Gran formato, una hoja sobre seis columnas. Continúa apareciendo hasta mayo de 1946. Director: Tito Fotti.

280. «Aurora». Boletín del Movimiento Comunista Libertario. Ravena. Comenzó a publicarse en junio de 1945, pero hasta octubre del mismo año aparece sin lugar de edición y es redactado por Doménico Zavattero. En su número 7, de octubre de 1945, modifica su subtítulo y se llama «Periódico Anarquista», a raíz de las resoluciones del Congreso Anarquista de Carrara (1945). El número 8, del 12 de noviembre de 1946 dedica su última página a los jóvenes y lleva un título especial. Con la vuelta a Italia de Armando Borghi, deportado de América del Norte en noviembre de 1945, se encarga a éste la dirección del periódico, que adquiere mayor agilidad e impulso, trasladándose a Forlì. Continúa apareciendo a cuatro páginas sobre cinco columnas hasta junio de 1949. Publicó diversos números especiales.

281. «Gioventù Anarchica». Suplemento del periódico «Aurora». Forlì. Este suplemento aparece pocas veces, entre noviembre de 1945 hasta enero de 1946, antes de que Borghi se hiciera cargo de la dirección del periódico.

282. «Il Pensiero». Sociología. Arte. Literatura. Roma. Revista quincenal. Pequeño formato: 16 páginas. Aparece un número el 15 de marzo de 1945. Se reproducen viejos artículos. Redactor: Giovanni Forvincini.

Ugo FEDELI

(Continuará.)



# POETAS

## *de Ayer y de Hoy*

### AMOR MATERNAL

Joven aún, entre las verdes ramas  
de secas pajas fabricó su nido.  
La vió la noche calentar sus crías,  
la vió la aurora acariciar sus hijos.  
Batió sus alas y cruzó el espacio,  
buscó alimento en los lejanos riscos,  
trajo de frutas la garganta llena,  
y con arrullos despertó a sus hijos.  
El cazador la contempló dichoso  
y, sin embargo, disparó un tiro.  
Ella, la pobre, en su estertor de muerte  
abrió sus alas y cubrió a sus hijos!

### CANTO A LA MADRE

Suave como el murmullo de una fuente, grato como el perfume  
de las flores, melodioso como el canto de las aves en el bosque, gran-  
de como la inmensidad de los abismos infinitos, sublime como el amor  
divino, así es el amor de madre.

La mujer es ser delicado, sublime, sensitivo; cuando llega a la  
maternidad es el ser por excelencia de amor y equidad. Este amor  
desbordante, sin valla, de las madres, es amor abnegado y generoso  
hasta más allá del sacrificio; es el amor puro que engrandece a la  
humanidad, es amor perfección de la tierra, es el que hace la felicidad  
en el mundo.

La madre aprendiendo a amar a sus hijos, ama también a la  
humanidad.

El amor de madre no se limita sólo para sus hijos, se despierta  
para la humanidad entera, y la mujer se hace benéfica, la mujer se  
hace digna siendo madre.

¡Abre tu pecho a ese amor puro y sagrado, y levanta en tu cora-  
zón un altar a esa mujer que te alimentó con su sangre, a esa mujer  
que expuso su vida por tu vida, a esa mujer superior, a esa mujer  
digna, a esa mujer ángel!

(Transcribió Vladímir MUÑOZ.)

Víctor HUGO





# HA SALIDO EL III TOMO DE "La C. N. T. en la Revolución española"

por José PEIRATS

Esta obra no puede faltar en la biblioteca de ningún hombre estudioso y amante de la cultura. Todos, afiliados a la C. N. T. o no, pero espíritus inquietos y deseosos de conocer la historia de la gesta popular más trascendental del siglo XX, han de leer «La C. N. T. en la Revolución Española», libro escrito con profundo objetividad y con la más escrupulosa honradez de historiador, acumulando documentos y datos inéditos y fidedignos.

Aquellos que no hayan adquirido todavía el III tomo, deben apresurarse a pedirlo, a fin de que no se encuentren faltados de la obra completa.

Para ilustración de nuestros lectores, damos a continuación los títulos generales de los capítulos de que se compone el tomo III, ya puesto a la venta.

Capítulo XXVII. — El Pleno Económico de Valencia.

Capítulo XXVIII. — La Nueva Plataforma Sindical.

Capítulo XXIX. — De la victoria de Teruel al desastre de Aragón.

Capítulo XXX. — La crisis interna del Movimiento Libertario.

Capítulo XXXI. — La crisis de agosto y la batalla del Ebro.

Capítulo XXXII. — La política franquista.

Capítulo XXXIII. — La incautación estatal de las industrias de guerra.

Capítulo XXXIV. — Los libertarios en la guerra.

Capítulo XXXV. — El terror en los frentes.

Capítulo XXXVI. — El terror en la retaguardia.

Capítulo XXXVII. — Del Pleno de Octubre a la pérdida de Cataluña.

Capítulo XXXVIII. — El último baluarte.

Capítulo XXXIX. — ¡Ay del vencido!

Precio del volumen: 750 francos. Diez por ciento de descuento a partir del pedido de 5 ejemplares.

Pedidos: Administración del Libro, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.).

